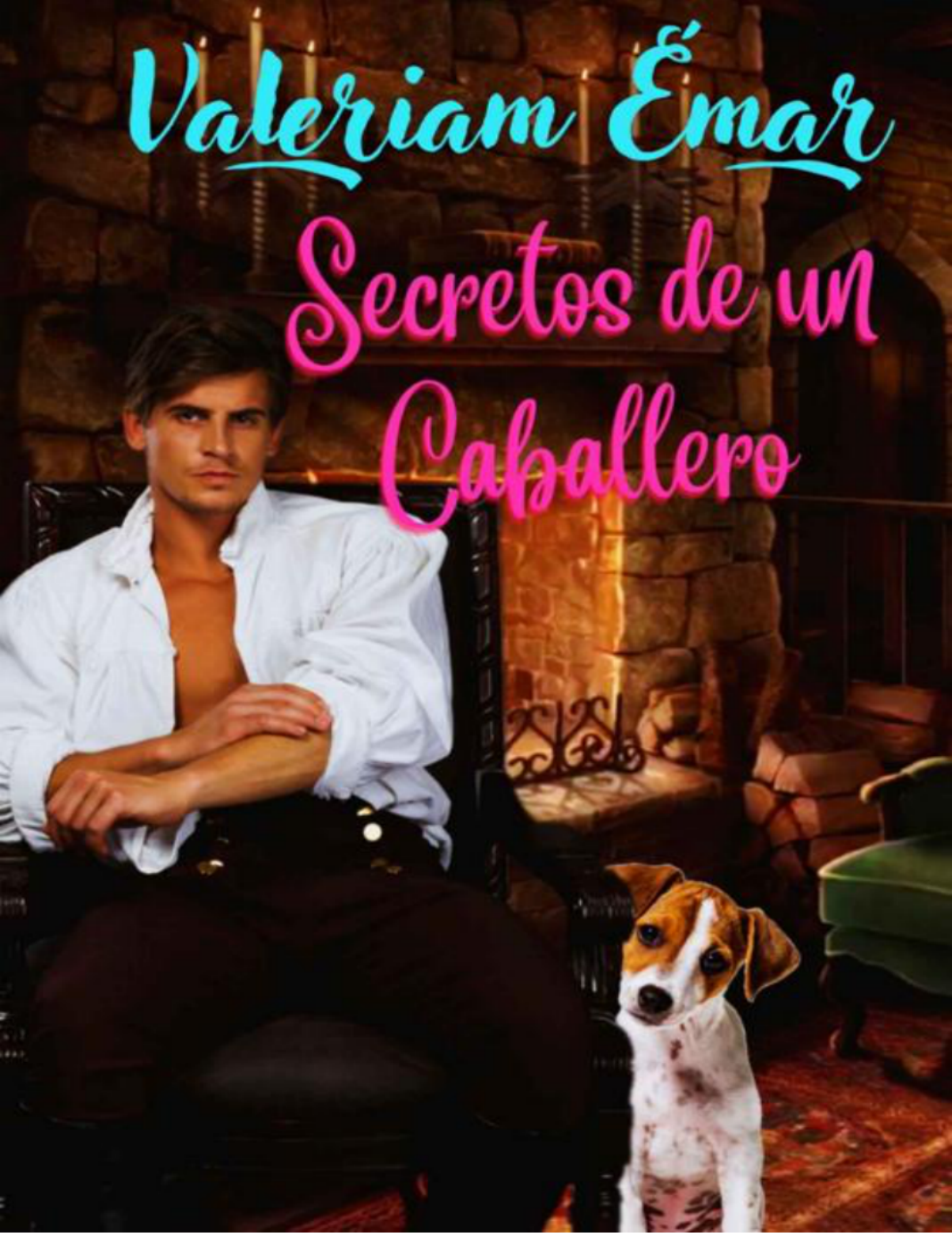
Valeriam Émar

Secretos de un Caballero



SECRETOS DE UN CABALLERO

Valeriam Émar

Título: Secretos de un caballero

Serie: Los canallas de Mayfair

Copyright © 2024 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

https://amzn.to/302RCnv

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Derbyshire, junio de 1815…

OBSERVÓ al conde de Sheffield ensillando su caballo a través de la ventana de la sala. Lady Georgiana salió de la casa corriendo y se dirigió hacia el jardín, donde se hallaba el conde. Lord Sheffield era un buen amigo de su hermano Malcolm, el nuevo marqués de Rulfcrow. Desde que Malcolm había heredado su título, él se había olvidado de que tenía tres hermanos menores. El marqués enviaba a lord Sheffield en vez en cuando para asegurarse de que ellos estuviesen bien luego de que su padre y madrastra hubiesen fallecidos en un accidente doméstico.

—¡Lord Sheffield! —gritó lady Georgiana—. ¡No puedes abandonarnos, Lucían! —alegó llamándolo por su nombre de pila. En el círculo íntimo era como ella se dirigía hacia él, dejando a un lado el protocolo.

El conde se bajó de su caballo y se quitó sus guantes de cuero.

—¿Qué haces todavía despierta a estas horas de la noche? Deberías estar durmiendo, Gina —le reclamó como si fuese su hermano mayor.

Solo su familia y amigos le decían Gina.

—No puedes irte, Lucían —repitió ella.

Lord Sheffield se la quedó mirando por unos segundos. De pronto, ella se dio cuenta de que su bata se había abierto y había dejado al descubierto su camisón blanco, el algodón se había pegado a su pecho. A ella no le importó que el conde la mirara. De hecho, sintió un alivio de que finalmente él se diera cuenta de que ya no era una niña. Deseaba que la mirara como miraba a las demás mujeres. Ella se había enamorado perdidamente de Lucían y sabía que era mucho más que un enamoramiento de una jovencita. El conde acortó la distancia

que los separaba y acomodó su bata de malaganas.

—Deberías ser más precavida de como andas vestida por la casa —se quejó el lord—. Podría haberte visto algún empleado de la finca.

—Ellos me han visto crecer —repuso Gina.

—Pero ahora es diferente.

—¿Por qué sería diferente?

—Porque te estás convirtiendo en una mujercita muy atractiva —contestó, dándole una palmadita en la coronilla.

Gina le apartó la mano y se cruzó de brazos.

—Ya soy una mujer Lucían.

El conde la miró con ternura y dejó de sonreír al notar que ella se había enfadado.

—Además, todos los empleados se encuentran descansando a esta hora.

—De cualquier modo, es inapropiado que andes vestida así por la casa.

Georgiana extendió un brazo y le sujetó una mano entre las suyas.

—¿Vas a abandonarnos? —preguntó en un tono más calmado.

—Debo regresar a Londres, Gina.

—¿Y te ibas a ir sin despedirte de nosotros?

—Justamente trataba de evitar esta escena —contestó el conde.

—¿A quién recurriría se le pasara algo malo a los gemelos?

Víctor y Nick, eran sus hermanos menores.

—Malcolm no tardará en regresar —respondió el lord—. Su hermano cuidará de ustedes.

—A Malcolm no le importamos.

El conde esbozó su tierna sonrisa otra vez. Una sonrisa a la que se le hacía a un familiar y no a una mujer a la que se le quería seducir. Él ahuecó una mano en su mejilla y la miró a la cara con sus intensos ojos verdes.

—No digas eso, Gina, ustedes son las personas más importantes para Malcolm.

Georgiana ladeó el rostro hacia un costado y le besó la palma de la mano. Inmediatamente, Lucían apartó su mano de un tirón, como si su beso hubiese sido una braza que lo hubiese quemado.

—Le importamos tanto que desde que enterramos a nuestro padre él no ha regresado. ¡Y de eso hace seis meses! Malcolm piensa que con enviarnos cartas y a ti ya es suficiente.

—El marqués está atravesando una guerra interna que tú no podrías entenderlo —trató de excusarlo—. Pero te aseguro de que cuando él lo resuelva regresará a ustedes.

—Mientras tanto, mis hermanos y yo estamos desprotegido — alzó las manos al cielo y exclamó—: ¡Somos unos huérfanos que no les importamos a nadie!

—No digas eso, Gina —repuso el conde—. Sabes que los aprecio como si fuesen mis hermanos.

A ella se le estrujaban las tripas cada vez que lo oía decir que la veía como a una hermana.

—Pero no somos tus hermanos —le recalcó.

Él entornó los párpados.

—Lo que intento decir es que tanto tú como tus hermanos pueden contar conmigo, Gina.

—Entonces no te vayas, Lucían.

—Debo regresar a Londres, pero te prometo que volveré cuando solucione mis pendientes.

Georgiana se abalanzó sobre el conde, le rodeó el cuello con los

brazos y lo besó en los labios. Lucían retrocedió con torpeza y se limpió la boca con el dorso de la mano. Y ese había sido el gesto más hiriente que alguna vez una persona hubiera hecho con ella. Ni siquiera las golpizas de su madrastra le habían dolido tanto. Sobre todo, si ese rechazo había provenido de unos de los granujas más conocido de toda Inglaterra.

—¿Por qué diantres me ha besado, lady Georgiana? —le reclamó él, molesto.

¿Lady Georgiana? Su tono frío la estremeció.

—¡Porque te amo, Lucían! —le confesó—. Tenemos tantas cosas en común que estoy segura de que con el tiempo tú también me llegarás a amar.

—¡Por los clavos de Cristo! No entiendes lo que dices muchacha, apenas tienes dieciséis años —murmuró el conde, sacudiendo la cabeza.

—¡No soy una niña! —lo contradijo—. Tengo dieciséis años, Lucían, a mi edad muchas muchachas ya han contraído matrimonio.

—Tú no eres como las demás muchachas, eres la hija de un marqués. En un par de años serás presentada en sociedad y encontrarán a un buen marido. Si tu hermano alguna vez se llegara a enterar de que me has besado, me colgará en una plaza pública.

Su rechazo le rompió el corazón.

—¿Eso significa que no me quieres como tu esposa?

El conde se pasó una mano por el pelo, exasperado.

—¡No! ¡Nunca me casaría contigo!

Ella empezó a llorar como una niña.

Lucían echó peste por lo bajo.

—No me casaría contigo ni con nadie —le aclaró.

—Te arrepentirás, Lucían. Me convertiré en la mujer más deseada de Inglaterra y cuando te des cuenta de lo que has perdido, te

rechazaré. ¡Te lo aseguro!

El conde la miró con los labios apretados por unos segundos y luego se rompió a reír.

—Lo siento, Gina, pero tu comportamiento solo demuestra lo niña que eres —murmuró entre risas—. Te prometo que algún día aparecerá un gran hombre para ti y me agradecerás de que esta noche te hubiera rechazado.

Ella apretó los puños a los costados del cuerpo y soltó un grito furioso. Estaba furiosa de que él no la tomara en serio, de que la viera como la niña que ya no era.

—¡Eres un idiota Lucían! —chilló—. ¡Te odio!

Georgiana giró los talones y corrió hacia su casa.

—Admiro su facilidad para pasar del amor al odio en un segundo, lady Georgiana —él gritó a sus espaldas.

CAPÍTULO 1

Derbyshire, mayo de1822

HABÍA llevado a sus sobrinos a un día de picnic. Georgiana se recostó sobre la manta que había tirado sobre al suelo mientras los mellizos de cinco años jugaban a los piratas. Su cuñada, la marquesa de Rulfcrow, estaba a pocas semanas de dar a luz a su tercer hijo y ella la ayudaba a cuidar a sus hijos mayores. Disfrutaba pasar tiempo con ellos. Georgiana a sus veintidós años ya estaba en edad para tener a su propia familia, pero su abultada dote había hecho que solo se le acercaran cazafortunas. Su presentación en sociedad años atrás había sido un éxito, o eso había sido lo que ella había creído hasta que la reputación de su madre había vuelto a resurgir en todos los salones de bailes. La marquesa, su madre, había abandonado a su esposo y a sus hijos para irse con su amante y desaparecer de sus vidas para siempre. Y las cotillas no tardaron en compararla con su madre, y afirmaban que ella no tenía buenos genes para ser una buena esposa. Sus pretendientes se esfumaron como la espuma y solo quedaron los que les interesaba su dinero.

Después de su desastrosa presentación en sociedad, había decidido no regresar a Londres durante la temporada. Le gustaba la tranquilidad del campo y estar rodeada de las personas que la amaban de verdad. De repente, unas nubes oscuras cubrieron el cielo y el viento empezó a soplar con más fuerza. Se apresuró en guardar las cosas del picnic en el canasto y llamó a sus sobrinos para regresar a la casa antes de que la tormenta se desatara.

La marquesa los estaba esperando con su enorme barriga en la entrada. A penas los vio mandó a Maisy, su doncella, a que preparara una tina para bañar a los mellizos. Y le avisó de que Malcolm, su hermano, la estaba esperando en su despacho.

—¿Acaso he hecho algo malo? —preguntó Georgiana.

Lady Emma sonrió. Entre su cuñada y ella había muy poca diferencia de edad y eso había permitido que se convirtieran en muy buenas amigas. La delicadeza de la marquesa y la suavidad con la que hablaba siempre conseguía apaciguar su explosivo carácter. Malcolm solía decir que su esposa había sido un regalo del cielo, porque había ayudado a calmar las aguas de su familia. Podía decir que la residencia de los Rulfcrow ahora conocía lo que era el calor de un hogar. Se habían acabado las riñas y las diferencias que habían entre ellos. Exceptuando algunas peleas que ella tenía en vez en cuando con los gemelos. Aunque nunca admitiría que los extrañaba ahora que ellos se encontraban estudiando en Eton.

—Si has hecho algo malo todavía no ha llegado a los oídos de tu hermano —se mofó la marquesa. Se inclinó hacia ella y le adelantó—: Creo que él quiere tocar algunos temitas sobre tu futuro.

Georgiana extendió un brazo y acarició el abultado vientre de su cuñada.

—Espero que no tenga nada que ver con que vaya a Londres para la temporada.

—¿Qué hay de malo con que asistas a la temporada, Gina?

Ella entrecerró los párpados.

—Tal vez sea el hecho de que cuando esas personas me ven, ven a mi madre y no a mí.

Lady Emma sacudió una mano en el aire para restarle importancia a su comentario.

—Entonces con más razón debes darles la oportunidad de que ellos te conozcan y vean la hermosa persona que eres.

—No me gustan los bailes.

—Antes te encantaban.

—Porque antes era una niña boba.

—Nunca fuiste una niña boba, Gina —la corrigió lady Emma.

—¿Quién cuidará de los mellizos?

—Los mellizos tienen niñeras.

—¿Acaso quieres deshacerte de mí? No debes mandarme a Londres si es eso lo que pretendes.

Lady Emma puso los ojos en blanco.

—No diré una palabra más, será mejor que vayas a hablar con tu hermano.

Lady Georgiana ingresó al despacho del marqués y antes de que él dijera alguna cosa, ella se adelantó y dijo:

—No iré a Londres.

Malcolm, que se hallaba detrás de su escritorio, se quitó sus gafas de lecturas y las apoyó sobre su cuaderno de cálculo.

—Tu viaje a Londres no está en discusión, Gina.

—¡No puedes decidir por mí!

El marqués le señaló la silla que tenía adelante para que tomara asiento.

—De hecho, si puedo —repuso—. ¿Acaso sabes cuantas muchachas desearían estar en tu posición para hallar a un buen marido?

Ella dejó caer el cuerpo sobre la silla y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Entonces diles a esas muchachas que les cedo mi lugar.

—No es un buen momento para que bromees, Gina —gruñó el marqués—. ¿No deseas tener a tu propia familia? He visto con el amor que cuidas a mis hijos, ¿acaso no quisieras tener los tuyos?

Todos esos sueños se habían borrado cuando el fantasma de su madre la empezó a perseguir.

—Sé que tus intenciones son buenas Malcolm, pero ningún caballero me tomará en serio debido al pasado de nuestra madre —respondió ella—. Los pretendientes que he tenido han sido cazafortunas. Tú mismo te has encargado de alejarlos.

—No se le puede llamar caballero a un hombre que no respete a una dama por el pasado de su madre. Tú no eres ella, cariño. Buen Dios, eres la hija de un marqués y cuentas con el apoyo de muchas personas importantes. Personas que se encargarán de cuidar bien de ti en esta temporada.

—¿Qué cuidarán bien de mí? ¿De qué estás hablando Malcolm?

—Dado el avanzado embarazo de mi esposa no podremos acompañarte a Londres.

—Y esa es una razón más que suficiente por la que no debo ir a Londres. Emma me necesita.

—Mi esposa cree que tú no te has casado por su culpa.

—Eso no es cierto.

—Eso fue lo que le dije, pero ella cree que los mellizos te han retenido en Derbyshire.

—¡Amo a mis sobrinos! —exclamó Gina.

—Entonces demuéstrale que está equivocada asistiendo a la temporada este año.

Ella achicó los ojos. Tuvo la sospecha de que su hermano la estaba manipulando, y lo peor era que le estaba funcionando.

—¿Quién me cuidará de los cazafortunas? Ellos se harán un festín cuando sepan que tú no irás conmigo —buscó una excusa para salvarse de la idea ridícula que había tenido su hermano.

El marqués abrió el primer cajón del escritorio y sacó una hoja de carta, luego de la entregó. El papel tenía una lista de nombres. Georgiana miró al marqués a los ojos y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Te he hecho una lista que contiene los nombres de los caballeros que podrían ser un buen esposo, y debes alejarte de las personas que se encuentran afuera de esa lista.

Georgiana leyó la lista y el nombre de la única persona que ella quería que estuviese no se encontraba. Se sintió un poco decepcionada, pero imaginó que un granuja como Lucían nunca sería incluido en una lista como un buen candidato para marido. Además, él le había dicho que nunca se casaría. Dobló otra vez el papel y lo dejó sobre el escritorio.

—El capitán Hawkins y lady Eleonor estarán felices de recibirte en su casa —agregó Malcolm.

—Pero si nosotros tenemos una hermosa casa en Londres —se quejó ella.

—¿Acaso crees que sería correcto que una joven dama viva sola en Londres? Te convertirías en el centro de atención de todas las cotillas —murmuró él—. Lady Eleonor será una buena chaperona y me prometió que cuidaría muy bien de ti.

¡Estupendo! Ella había sido la última persona en enterarse de que iría a Londres. Que su hermano hubiera elegido que pasara la temporada con lady Eleonor, una de las hermanas de su cuñada, no había sido al azar. El marido de lady Eleonor era un capitán condecorado en la guerra y estaba segura de que eso había influido en Malcolm para que se hospedara con ellos. Se reclinó en la silla y resopló.

—Cuando le cuente a lady Emma sobre la lista de candidatos que has hecho se enfadará contigo —explayó esperando a que él también recibiera su castigo.

El marqués esbozó una amplia sonrisa.

—Mi esposa me ayudó a armar la lista —respondió orgulloso.

Gina sintió que la marquesa la había traicionado.

—¿Y si ningún caballero de esa lista me interesa? —cuestionó.

—En ese caso, probaremos suerte la temporada siguiente, o la siguiente —Malcolm apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella—. No me detendré hasta conseguirte un buen marido, pequeña.

Su hermano podía armarle todas las listas que quisiera, pero sabía que el único caballero que a ella le interesaba, nunca vería su nombre incluido en esa lista. Hacía dos años que no había vuelto a ver a Lucían, pero aún seguía formando parte de sus pensamientos.

CAPÍTULO 2

LADY Eleonor la recibió con una afectuosa bienvenida cuando llegó a Londres. Hizo que un lacayo subiera su equipaje a su nueva habitación. La alcoba era elegante y armoniosa, y tenía una preciosa vista al jardín. Maisy, la doncella que la había acompañado, abrió una de las maletas y empezó a guardar su ropa en el armario.

—Me da gusto tenerte en nuestra casa Gina —murmuró Eleonor que cargaba a su hijo menor en brazos—. Emma te aprecia tanto que te considera como si fueses una hermana más, y estoy segura de que yo también sentiré lo mismo. Cuando el marqués me preguntó si podías alojarte con nosotros no lo dudé ni un segundo.

Le devolvió el gesto con una sonrisa. Las hermanas Cowthland tenían la particularidad de que sus nombres empezaban con la letra E, y ellas habían decidido heredar esa singularidad a sus hijos.

—Emma siempre tiene palabras bonitas sobre ti, y estoy segura de que también disfrutaré pasar la temporada contigo, aunque no disfrutaré tanto de los bailes —admitió.

—Los pretendientes te lloverán, Gina. No tengas dudas de eso —miró a su hijo y agregó—: ¿Verdad Eliseo que tenemos a una invitada muy bonita?

Eliseo con solo diez meses sonrió y soltó un gritito. Él se parecía mucho a su madre con sus enormes ojos azules.

—Antes de que te enteres por otras personas debes saber que mi reputación no es la mejor —comentó, sentándose en el borde de la cama—. Como bien sabes, mi madre nos abandonó para irse con uno de sus tantos amantes, y lo único que me ha heredado ha sido sus antecedentes y también un collar de zafiros.

—Mi padre era conocido por ser el conde loco y todas sus hijas ahora se encuentran felizmente casada —le contó Eleonor—. No

permitas que unos rumores malintencionados te afecten, Gina. En mi presentación en sociedad un canalla inventó rumores espantosos sobre mí, y fui tachada por ser una cazafortunas, pero la verdad siempre sale a luz y se pudo conocer la persona que soy realmente. Solo debes ser tú y todo se aclarará —le aconsejó.

—¿Y si no son todos rumores? ¿Y si termino siendo igual a mi madre?

Eleonor le dedicó una mirada maternal.

—No eres igual a tu madre —repuso—. Lo sé por el amor que le entregas a mis sobrinos, y nunca te atreverías a abandonar a tus hijos.

—Hace unos años atrás estuve a punto de fugarme a Gretna Green para casarme con el hijo de un granjero y si mi hermano no hubiese impedido esa boda, lo hubiese hecho —murmuró Gina, en un tono entristecido.

—Pero ese canalla no era más que un cazafortunas, miladi —intervino Maisy—. Usted cayó en su engaño. Lo que pasó no fue su culpa.

Ella había querido creer en todas sus mentiras para quitarse del pecho el dolor de un amor no correspondido. Había pensado que casándose con aquel cazafortunas sería la solución de sus problemas.

—Deberías escuchar a tu doncella, ella tiene razón, Gina, eso no ha sido tu culpa.

—¿Ahora comprenden por qué desconfío de cada persona que se me acerca? Soy consciente de que mi cuantiosa dote solo atraerá a más cazafortunas. Mi hermano me ha arrojado a los lobos.

—No te preocupes por eso, cariño, Trevor te alejará de esos canallas —la consoló Eleonor—. Esa es una de las tantas ventajas de haberme casado con un capitán condecorado.

Justamente esa había sido la razón por la que su hermano Malcolm había querido que pasara la temporada con ellos.

—Le prometí a Emma que te ayudaría a encontrar un esposo, y

eso es lo que haré —continuó Eleonor, firme en su postura.

Lady Georgiana puso los ojos en blanco.

—Lamento tener que desilusionarte Eleonor, pero debes saber que no he venido a Londres a buscar un marido.

La sonrisa del rostro de lady Eleonor se borró automáticamente.

—¿No me digas que tú también compartes esas ideas extrañas de estar en contra del matrimonio? Mi prima Felicity también le ha declarado la guerra al matrimonio, pero si esa es tu postura, la respetaré como se la respeto a ella.

Lady Felicity parecía ser una dama muy sensata.

—Gracias, eso es muy considerado de tu parte.

—Pero esta vez haré una excepción —añadió Eleonor—. Haré todo lo posible por encontrar al caballero adecuado para ti. No pongas esa cara, Gina, será divertido.

Georgina se echó hacia atrás, apoyando la espalda contra el colchón, y soltó un resoplido. Por un momento, había creído que por fin había conseguido liberarse de asistir a los bailes.

—Te dejaré descansar hasta que la cena esté lista —comentó Eleonor—. Y, por cierto, mañana tendrás tu primer evento social. Te lo aviso para que te vayas acostumbrando a lo que te espera, pero no te preocupes, será algo tranquilo e íntimo. Mi hermana Elizabeth organizará una cena y, por petición de Emma, invitará a algunos buenos candidatos para ti.

—Si la marquesa no estuviese embarazada, le escribiría una carta exigiéndole que deje de meter sus narices en mi vida privada —murmuró Gina, seguido de un bufido.

—La marquesa solo quiere tu felicidad —dijo Eleonor, defendiendo a su hermana Emma.

Eliseo soltó una risita en los brazos de su madre.

—¿Ves? Hasta mi hijo piensa lo mismo.

Lady Eleonor abandonó su alcoba cuando sus hijas mayores la llamaron porque su cachorro no soltaba la cabeza de una de sus muñecas.

—¿Qué vestido usará para el evento de mañana, miladi? ¿El blanco o el rosa? —preguntó su doncella.

—El azul.

Maisy abrió grande sus ojos marrones.

—El azul es indecoroso, miladi.

—Justamente esa es la razón por la que lo usaré.

CAPÍTULO 3

SI HABÍA pensado que sería la única persona que rompería con la etiqueta de esa noche usando un provocativo vestido azul, lady Georgiana se había equivocado. Lady Elizabeth, la hermana mayor de su cuñada y futura duquesa de Bourklam, condesa de Kinghyork, había desafiado las normas deslumbrando con un majestuoso vestido rojo. Echó una ojeada a su alrededor, la residencia de la condesa era un espectáculo. Las paredes estaban adornadas con paneles de madera y grandes arañas de cristales colgaban del techo alto.

—Tiene una casa preciosa, lady Elizabeth —dijo Gina—. Le agradezco su invitación.

La condesa de Kinghyork le sujetó una mano entre las suyas.

—Puedes llamarme Lizzy, estamos entre familia —murmuró—. Emma me ha pedido encarecidamente que cuidara de ti, y con Eleonor hemos decidido que no te irás de esta temporada sin un marido.

Gina puso los ojos en blanco.

—Había pensado que al tener a Emma lejos me había librado de todas esas tonterías de encontrar un marido, pero resulta que tendré a dos sabuesos siguiéndome de cerca —se quejó.

Lizzy miró a su hermana Eleonor y luego regresó la vista a Gina.

—¿Qué les pasa a las jovencitas de ahora que rechazan la idea de un buen matrimonio?

—¿Y justamente tú dices eso, Lizzy? —cuestionó Eleonor—. Si mal no recuerdo, a su edad dijiste que nunca te casarías.

Las mejillas de la hermana mayor de las Cowthland se habían vuelto tan rojas como el vestido que llevaba puesto.

—Si alguna vez dije eso, fue porque todavía no había conocido a Connor —se excusó la condesa.

—Y si tampoco mal recuerdo, odiaste a tu esposo cuando lo conociste —añadió Eleonor, recordando la situación con una sonrisa traviesa.

—No estás ayudando, Eleonor —murmuró Lizzy con los labios apretados—. De cualquier modo, le prometí a Emma que ayudaría a Gina y eso es lo que haré —se inclinó hacia ella y agregó en un tono conspirativo—: Para la cena, he invitado a varios caballeros de buena reputación. Tal vez alguno de ellos te parezca interesante.

Gina miró entre los invitados de la condesa y se dio cuenta de que el único caballero que le podría parecer interesante no estaba entre ellos. Había oído decir a su hermano que el conde de Sheffield ya no era el mismo hombre de antes, y la última vez que Malcolm lo había visto, habían tenido una pelea. Por lo tanto, hacía tiempo que no tenía ninguna información sobre Lucían. Se preguntó si el conde estaría en Londres o en uno de esos viajes exóticos que tanto le gustaba hacer. Sacudió la cabeza para quitarse a Lucían de sus pensamientos.

Habían pasado dos años desde la última vez que lo había visto. Gina había creído que las cosas entre los dos se estaban recomponiendo después de que él le rompiera el corazón. Por un momento, había sentido que el conde ya no la veía como una niña, sino con la pasión que una mujer despierta en un hombre. ¡Qué tonta había sido por pensar así! Se había olvidado de que Lucían era Lucían, un granuja egoísta e irresponsable. Un granuja que no creía en el matrimonio.

El esposo de lady Elizabeth se acercó a ellas y le pidió a la condesa que recibiera a la marquesa Marclow, quien acababa de llegar con su hija, lady Lidia.

—Iré en un momento, cariño —repuso Lizzy. Se inclinó hacia ellas y susurró—: Adoro a la marquesa y a su hija, pero preferiría que lady Lidia no hubiera venido. Ella también está soltera, y por más temporadas que haya pasado, sigue siendo una de las joyas más codiciadas. Igual que la hermana de Connor, pero admito que he

perdido todas las esperanzas con Fiona —señaló a su cuñada con un dedo y siguió—: En modo de protesta, ella solo usa vestidos negros en la temporada, porque cree que las mujeres son usadas como mercancías para traer herederos. Esta muchacha ha perdido el buen juicio —dijo, usando un tono más de admiración que de enfado.

Gina había tenido la oportunidad de hablar con lady Fiona en varias ocasiones y descubrió que era tan cabezota como ella, o incluso más, y por esa razón le caía tan bien. Fiona usaba el negro en señal de protesta, pero ese color resaltaba aún más su belleza, potenciando su piel de porcelana y su cabello cobrizo.

—También ha venido Cam Marclow —comentó Eleonor. Ella rodeó el codo de Gina con un brazo y agregó—: Por nada del mundo te acerques a uno de los integrantes de los canallas de Mayfair.

El conde de Sheffield pertenecía a ese emblemático club tan temido por las madres casamenteras. Lucían era considerado el sinvergüenza más guapo de todos ellos.

—¿Pero no tienen una buena relación con el capitán Hawkins?

—Sí, la tienen. Son buenos amigo, pero eso no garantiza que sean buenos esposos.

Lady Georgiana se llevó un dedo a la barbilla, pensativa.

—Pero tú te casaste con el capitán —le recordó—. Probablemente él era un miembro más de ese club cuando estaba soltero.

—Bueno… sí… eh —balbuceó—. A veces existen algunas excepciones.

Su corazón dio un vuelco. ¿Podría Lucían ser una de esas excepciones? Buen Dios, ni siquiera sabía dónde estaba él.

Lady Fiona había cambiado las ubicaciones de los invitados de la condesa en la mesa. Gina agradeció que la alejara de los candidatos

que lady Elizabeth le había presentado. A su derecha estaba sentada Lady Lidia, la hija de la marquesa Marclow, y frente a ella se encontraban Lady Anabella, una buena amiga de Lady Lidia, y la rebelde cuñada de la condesa de Kinghyork.

—Tu llegada a Londres nos ha traído un poco de alivio para esta temporada —comentó Lady Fiona—. Ahora Lizzy tendrá con quién entretenerse, lástima que no haya podido librarme de mi madre también.

Había conocido a la duquesa de Bourklam en la boda de su hermano y no parecía ser una dama quisquillosa. Por supuesto, ella no sabía lo que era tener una madre. Echó la cabeza hacia atrás cuando la mirada de Lady Anabella no se apartaba de su rostro. Gina se limpió la boca con una servilleta, preocupada de que pudiera haberle quedado algo de comida.

—Lo siento, sé que es de mala educación mirar a una persona de esa forma, pero debo decir que tienes unos bonitos ojos —murmuró lady Anabella—. Nunca había visto un verde tan intenso.

Gina se ruborizó. Ella y Malcolm habían heredado los ojos de su madre.

—Gracias —aceptó el cumplido—. Tu cabello también es precioso.

El cabello de lady Anabella era de un rojo vivo que resaltaba a varios metros. La joven se tocó el pelo y dijo:

—Es un color bastante común en mi familia, somos originarios de Escocia. Mis ocho hermanos también tienen el mismo color de cabello.

Lady Lidia le quitó la copa a lady Anabella de la mano y la apartó.

—Por esta noche has tomado demasiada sidra —expresó—. Hablas demasiado cuando bebes, Bella —enfatizó.

Lady Lidia era una joven que sobresalía por su altura y belleza.

—¿Qué hay de malo con querer disfrutar mis últimos días de vida? —farfulló lady Anabella, recuperando su copa.

Gina abrió grande los ojos.

—¿Últimos días de vida? —repitió lady Georgiana.

—Me casaré en un mes —contestó Bella.

—¿Y tu boda será tu funeral? —preguntó Gina con incredulidad.

—Mi prometido tiene la edad de mi abuelo —le hizo saber lady Anabella.

—Bella lleva comprometida con lord Borbury hace más de seis años —contó lady Lidia—. Todas pensamos que se había hecho justicia divina cuando él enfermó de tifus, pero el maldito sobrevivió a la peor de las pestes. Pero hallaremos la forma de que Bella pueda librarse de ese ser despreciable.

—Si el tifus no se lo llevó, dudo que otra cosa lo pueda hacer —dijo Bella, con tono derrotado—. Desafortunadamente, mi padre no puede hacer nada; de lo contrario, perderíamos nuestro hogar y mis hermanas menores se quedarían sin dote. Estoy atrapada en un matrimonio que me llevará a la muerte.

Lady Anabella le relató cómo Lord Borbury se había aprovechado de los problemas financieros de su padre. Le había otorgado un préstamo con intereses tan altos que no le alcanzaría una vida para devolverlo. Y la única forma que tenía para redimir esa situación era permitirle casarse con su hija mayor. Fue un trato que el padre de Bella no pudo rechazar y creyó que con el tiempo iba a poder solucionarlo.

—Las tres esposas que ha tenido lord Borbury han fallecido antes de darle un heredero —explayó Bella—. Y él está convencido de que yo le daré uno debido a mis caderas anchas y mis numerosos hermanos.

—Lamento oír eso —murmuró Gina, sintiéndose afortunada de

tener un hermano que nunca la obligaría a casarse con un hombre que no amara.

—¿Cuántas veces debo decirte que no habrá boda? —intervino lady Fiona.

—Sé que tus intenciones son buenas, Fiona, pero no puedes hacer nada al respecto.

—Hallaré la forma de ponerme en contacto con el *Justiciero*, y él nos ayudará con tu caso —aseguró lady Fiona.

El *Justiciero* era conocido por su incansable labor en ayudar a jóvenes atrapadas en situaciones desesperadas, como la que enfrentaba lady Anabella. Su reputación se extendía por toda la ciudad, y muchos lo consideraban como el último recurso para aquellos que no tenían a quién recurrir. Sus métodos, poco convencionales, habían demostrado ser efectivos en más de una ocasión, brindando esperanza a quienes se sentían atrapados en situaciones sin salida.

—Si Fiona consigue contactar con el *Justiciero,* entonces no habrá boda —agregó Lidia—. No llores, cariño, todo saldrá bien.

—Desde hace seis años que vivo en una pesadilla, implorándole a Dios que se lleve a lord Burbury. A veces pienso que él se salvó del tifus como castigo divino. Desearle la muerte a mi prometido me hace ser una mala persona ¿verdad?

—En lo absoluto. Si estuviera en tu lugar, le habría dado una mano a Dios para que se lo llevara más rápido —dijo Gina con completa sinceridad.

—Y esa es la razón por la que he decidido vestir de luto. Lo hago como protesta de cómo exhiben a las mujeres en la temporada, tratándonos como objetos para parir —murmuró la cuñada de la condesa.

—No todo es blanco o negro, Fiona —refutó lady Lidia, sacudiendo la cabeza—. El día que aparezca el hombre correcto, no pensarás de esa forma.

—¿Entonces por qué tú todavía no te has casado, Lidia? —le cuestionó Fiona.

Lady Lidia acomodó la servilleta sobre su regazo y enderezó la espalda.

—Porque ese hombre aún no ha aparecido.

—¿Y si no aparece nunca? —añadió lady Anabella.

—Aparecerá.

—¿Y tú, Lady Georgiana, alguna vez te has enamorado? —preguntó Lady Fiona, antes de darle otro bocado a su cordero.

—No —mintió.

—Tal vez lo hagas al terminar la temporada —la animó Bella—. Te aseguro que tendrás una larga fila de candidatos, además, vienes de una buena familia.

Lady Anabella decía eso porque aún no conocía la fama de su madre.

—¿Es cierto que tu dote es la más alta de esta temporada? —preguntó lady Lidia con curiosidad, inclinándose ligeramente hacia ella para escuchar mejor.

Georgiana sintió un leve rubor en sus mejillas mientras consideraba cómo responder.

—Mi padre quería deshacerse rápido de mí, pero resulta que yo me libre de él antes —se mofó, con una sonrisa irónica en los labios.

—Tu dote atraerá a muchos cazafortunas —comentó Fiona—. Pero no te preocupes, te ayudaremos a espantarlos —miró a sus amigas con determinación y agregó—: ¿Verdad que sí?

Ellas asintieron con la cabeza, mostrando su apoyo a Georgiana.

—De igual modo, antes de venir a Londres, mi hermano me hizo una lista de los caballeros a los que debo acercarme.

—Si ningún caballero de esa lista te interesa, mantén a Fiona

cerca de ti en cada baile que asistas. Te aseguro que espantarás a todos tus pretendientes —se burló lady Lidia.

Lady Fiona hizo una mueca con la boca y bebió un sorbo de sidra antes de hablar:

—No digas eso delante de mi madre, o ella perderá las pocas esperanzas que tiene de verme casada algún día.

—Tal vez sea esa la razón por la que la duquesa se lleva tan bien con lady Elizabeth, porque se ha dado por vencida de ver a su única hija vestida de blanco —replicó lady Lidia.

—Yo sí veo a Fiona vestida de blanco —comentó Bella, con una expresión de optimismo en el rostro.

—Oh, cariño, dices eso porque tienes un alma noble y pura —la contradijo Fiona.

Gina no pudo evitar reírse de sus nuevas aliadas para espantar a sus posibles pretendientes. Dirigió la vista hacia el invitado de la condesa que acababa de llegar y estaba ocupando un lugar en el otro extremo de la mesa. Su sonrisa desapareció instantáneamente y su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Lucían? Se sintió aturdida por un momento, incapaz de apartar la mirada de aquel hombre que había amado y odiado en tiempos pasados.

CAPÍTULO 4

EL CONDE DE SHEFFIELD apoyó la jarra de cerveza con firmeza sobre la mesa cuando Cam Marclow ingresó a su salón. La visita no era del agrado del conde, quien frunció el ceño al verlo. Inmediatamente, dirigió una mirada aguda hacia su anciano mayordomo, reclamándole el ingreso de Lord Marclow en su residencia. Sus ojos centellearon con una mezcla de irritación y determinación mientras esperaba una explicación de su mayordomo.

—Por los clavos de Cristo, Lucían, no te atrevas a enojarte con este pobre hombre —farfulló su visita, a la vez que señalaba al mayordomo—. De hecho, él me ha negado el acceso, pero ingresé la fuerza. Deberías considerar otorgarle una pensión para su retiro, o contratar a más personal que lo ayude.

Lucían arrugó el entrecejo. Era consciente de que Vincent ya no podía seguir haciendo su trabajo; prácticamente había perdido por completo la audición. A pesar de haber servido a su abuelo y a su padre con lealtad, Lucían se había percatado de que las capacidades de Vincent ya no eran las mismas. Había tomado medidas, como inhabilitar la planta de arriba para que el mayordomo no tuviera que subir las escaleras, pero sabía que necesitaba cambiar de mayordomo y que un solo lacayo no era suficiente para atender una residencia de tantas habitaciones. Hacía tiempo que venía pensando en esos cambios, pero los días pasaban y él solo se hundía más en sus preocupaciones.

Sin embargo, nunca admitiría ante Cam Marclow que él tenía razón, especialmente después de que le había prohibido el acceso a su exclusivo club de caballeros, El Purgatorio.

—Ingresas a mi casa a la fuerza y te atreves a decirme cómo debo manejar mi propiedad —exclamó Lucían con indignación—. ¡Sí que tienes agallas, Cam!

Cam le hizo una seña al mayordomo para que se retirara, indicando que quería hablar a solas con Lucían.

—¿Cuándo dejarás de autodestruirte, Lucían? —le cuestionó Cam con firmeza. Se quitó el sombrero y la capa, dejándolos sobre la larga mesa del salón—. No puedes seguir aislado, encerrado en un mausoleo que se caerá a pedazos si no empiezas a arreglarlo.

—Afortunadamente, nadie puede echarme de mi propia casa —ironizó Lucían.

Cam corrió una silla y se sentó en la mesa a un lado de él.

—Si continúas llevando la vida que llevas, te echarán hasta de tu propia casa —lo contradijo Cam—. Que tu hermano haya fallecido no significa que también sea tu fin, Lucían.

Durante muchos años, Lucían había deseado la muerte de su propio hermano, pero ahora que eso era una realidad, se sentía un idiota por haber dejado que su enfrentamiento los hubiera convertido en enemigos.

—¿A qué has venido, Cam? —preguntó Lucían, bebiendo un sorbo de cerveza.

—Me llegó la información de que la viuda de tu hermano se encuentra en Londres —respondió—. Supuse que eso no iba a ser nada fácil para ti.

Lucían asintió en silencio. La presencia de la viuda de su hermano en la misma ciudad solo añadía más complejidad a su situación ya complicada.

De hecho, Lana se había presentado en su casa apelando a la bondad de su corazón para que la ayudara con la granja que estaban a punto de perder si no pagaban las deudas que su hermano había dejado. Encontrarse con la viuda de su hermano había sido como hacer un viaje a su oscuro pasado. Ella había sido su prometida antes de que se casara con su hermano. Lana había creído que él había muerto en la guerra y no tardó en casarse con su hermano, el siguiente en heredar el título de conde. Cuando él regresó de la guerra

y se encontró con la traición de su prometida y la de su hermano, rompió todo vínculo que había entre ellos. Y así había sido hasta una semana atrás, cuando Lana se presentó en su hogar. Si él había decidido ayudarla con sus deudas, había sido por su sobrino. Él era inocente en toda esa historia. Después de todo, su sobrino sería el único heredero si algo le sucedía.

El conde levantó su jarra y dijo:

—Te convidaría de mi cerveza, pero es la última que me queda. Y dado que tú tienes tu propio club, no me da remordimiento no hacerlo.

—Sé lo mucho que lady Lana te lastimó en el pasado, y a pesar de las pequeñas diferencias que hemos tenido en los últimos días, continuó siendo tu amigo, Lucían. Puedes confiar en mí.

—¿Pequeñas diferencias? —repitió, molesto—. ¡Me echaste de tu maldito club y corriste el rumor de que hacía trampa en el juego! Por tu culpa me han prohibido el acceso de las demás casas de juego.

—Si te he echado de mi club ha sido porque no podía seguir viendo cómo te autodestruías, Lucían —se defendió—. Y el rumor de que haces trampa lo ha difundido mi hermano Henri.

Henri, el marqués de Marclow, era el hermano mayor de Cam.

—Intentamos protegerte de ti mismo —le explicó Cam.

—No necesito ninguna niñera para cuidarme —le hizo saber Lucían.

—¿Cuándo ha sido la última vez que te has dado un baño?

Él trato de dar una respuesta a esa pregunta, pero sería escandalosa si lo hacía.

—Un buen amigo no le cierra la puerta de la casa a otro —añadió el conde.

—No te he cerrado la puerta de mi casa, Lucían, te he cerrado la puerta de mi club. Y cuando vuelvas a ser tú mismo, volverán a abrirse.

—Sigo siendo la misma persona —replicó—. No sé qué es lo que esperas de mí.

—Espero a que salgas de esta cueva, que vuelvas a socializar, que arregles tu propiedad y que te busques una esposa —enumeró Cam.

El conde hizo una mueca con la boca.

—La última vez que lo hice, ya sabes cómo terminó.

—Que una mala experiencia no te limite a ser feliz, Lucían —expresó Cam—. Preséntate en los salones de baile de esta temporada y las puertas del Purgatorio se te volverán a abrir.

El conde creyó que Cam Marclow era un hipócrita. Cam huía del matrimonio tanto como él. Por alguna razón, ambos se habían labrado la fama de ser llamados los canallas de Mayfair. Eran las pestes para las madres casamenteras.

—Esta noche la condesa de Kinghyork dará una cena —le informó—. Deberías presentarte y demostrarle a los demás que te estás recuperando.

Por más que la condesa de Kinghyork fuera una dama de su agrado, regresar al ruedo social no estaba en sus planes. Lo que antes le parecía divertido ya no lo era.

—Puede que Henri note tu cambio y mueva otra vez sus contactos para que los dueños de los otros clubes te quiten de su lista de clientes problemáticos —advirtió Cam.

Lucían se inclinó hacia atrás y apoyó la espalda contra el respaldo alto de la silla, mirando a Cam con los párpados entornados. Él no tenía un problema con el juego. Si había estado asistiendo de club en club en las últimas semanas, había sido porque necesitaba de esa adrenalina, ese impulso de saber que estaba vivo. Cam y Henri creían que estaba derrochando su fortuna, pero en realidad era muy hábil con las cartas; ni siquiera había perdido un chelín. Le enfadaba que ellos se inmiscuyeran en sus asuntos, y esa había sido una de las razones por la que se había peleado con el marqués de Rulfcrow.

Se pasó una mano por la boca y meditó la propuesta de Cam. Asistir a un par de bailes a cambio de que las puertas de los clubes se le volvieran a abrir. Él podía hacer ese sacrificio para recuperar la adrenalina que le daba el juego.

—Lo pensaré…

Cam se levantó de la silla, recogió su sobrero y su capa de la mesa, luego le dijo:

—Si decides presentarte a la cena, por favor, primero date un baño.

Varias horas después, Lucían se encontraba en el vestíbulo de la casa de la condesa Kinghyork. Había llegado tarde a la velada porque quería pasar el menor tiempo posible entre todas esas personas. Hacía acto de presencia para que vieran que aún no había perdido por completo su buen juicio. Se acomodó la solapa de la levita y le dedicó una sonrisa al mayordomo de la condesa cuando este le pidió que lo siguiera para guiarlo hasta el salón, donde los invitados estaban cenando.

Cuando ingresó al salón, pudo relajar los hombros al notar que solo había caras conocidas. No le sorprendió, la condesa Kinghyork no era como las demás damas de la sociedad; solo permitía la entrada a personas que le agradaban. Se preguntó si Cam le había avisado que él asistiría. El conde, que estaba sentado en la punta de la mesa, se levantó de su silla para recibirlo y le pidió a un lacayo que prepararan un lugar para él.

—Lamento haber llegado tarde —comentó Lucían.

Lord Kinghyork apoyó una mano sobre su hombro y murmuró:

—Nos alegra tenerte con nosotros.

Regresaron a la mesa y ocuparon sus respectivos lugares.

—Espero que el cordero sea de su agrado, milord —dijo la

condesa, sujetando la mano de esposo.

—El cordero se ve delicioso, lady Elizabeth —contestó Cam cuando el lacayo puso un plato delante de él.

El vizconde Devontrille, que se hallaba sentado a su izquierda, lo miró por sobre su hombro y dijo con un tono entre burlón y aliviado:

—Gracias a Dios que te has bañado.

Era la segunda vez en ese día que le daban a entender que olía mal. Si el vizconde no fuera parte de su círculo íntimo, lo hubiera retado a un duelo por su atrevimiento.

—Alguien me sugirió más temprano que me diera un baño —comentó Lucían.

—¿Ah, sí? ¿Puedo saber quién ha sido ese samaritano?

—Tu prometida.

Lord Devontrille le lanzó una mirada fulminante.

—Tu respuesta no ha sido divertida, Lucían —repuso el vizconde—. Tu falta de decoro te meterá en problemas. No me extrañaría que pronto alguien te desafiara a un duelo.

—Solo alguien que no aprecie su vida se atrevería a pedirme un duelo —respondió Lucían con un toque de desdén en su voz, y lo decía en serio, su puntería era excelente.

El vizconde había nacido comprometido con una joven que ni siquiera había nacido. Era parte de un acuerdo entre familias para romper la enemistad que había existido entre ambas durante generaciones. Si lord Devontrille había visto a su prometida dos veces en su vida, había sido con suerte. Mientras tanto, el vizconde disfrutaba de los placeres de su soltería, sabiendo que eventualmente sería obligado a cumplir la promesa que sus padres habían hecho en su nombre. La fama de lord Devontrille como un hombre despreocupado y amante de los placeres le había otorgado un puesto entre los llamados *canallas de Mayfair*.

—Discúlpate con él, Lucían. Sabes que te has excedido al mencionar a su prometida —murmuró el marqués Marclow, que se hallaba sentado a su derecha.

El conde puso los ojos en blanco. Había olvidado del protocolo que debía seguir cuando estaba en sociedad.

—No volveré a mencionar a tu prometida.

—Gracias —respondió el vizconde.

—¿Y tú no te disculparás por insinuar que huelo mal? —inquirió Lucían.

Lord Devontrille se llevó un bocado de cordero a la boca, lo masticó despacio y luego dijo:

—No.

Él miró al marqués y farfulló:

—¿A él no le dirás que se retracte?

—¿Por qué lo haría? —replicó el marqués Marclow—. Las últimas veces que me crucé contigo apestabas a perro muerto.

—¿Y esta es la razón por la que Cam me pidió que asistiera esta noche? ¿Para que rompan mi orgullo?

Henri, el cabecilla de los canallas de Mayfair, lo miró con el ceño fruncido por encima de su copa de vino.

—Si lo que estás buscando es una excusa para que te diga que no asistas a ninguna otra velada, pierdes tu tiempo, Lucían —le hizo saber el marqués—. Si quieres que las casas de apuesta vuelvan a abrirte las puertas, demuéstrame que tienes control de ti mismo.

—¿Por qué te metes en mis asuntos? —le cuestionó molesto.

—Porque eres más que un amigo, eres como mi hermano, y yo cuido de mi familia.

En ese instante, estaba tan furiosos con todos ellos que deseaba romperle la cara al marqués, pero su respuesta había hecho que sus

ganas de golpearlo se placaran un poco. Solo un poco. Bebió un sorbo de vino y miró hacia el otro extremo de la mesa. De repente, él se atragantó con la bebida.

—¿Te encuentras bien, Lucían? —preguntó lord Devontrille, mientras le palmeaba la espalda.

El conde asintió con la cabeza y volvió a observar hacia el otro extremo de la mesa, para confirmar lo que había visto o si solo se trataba de una ilusión. ¡Que el diablo lo llevara! ¿Qué diantres hacía Gina en Londres?

CAPÍTULO 5

ESPERÓ a que todos los invitados de lady Elizabeth se dirigieran a la sala después de la cena para poder acercarse a lady Georgiana. Lord Sheffield se dio cuenta de cuánto ella había crecido en los últimos dos años en los que no se habían visto. Era la hermana pequeña de su buen amigo, el marqués Rulfcrow. Desde muy joven había sido una muchacha impertinente, alegre y llena de vida. Su carácter rebelde la había metido en varios problemas, y en algunos de ellos había tenido que intervenir para proteger su reputación. La inexperiencia de su juventud la había llevado a arrojarse a sus brazos creyendo que estaba enamorada de él. Estaba seguro de que Gina debía sentirse agradecida de que él la hubiera rechazado en aquel entonces.

La última vez que se habían visto había sido dos años atrás en Derbyshire, durante el cumpleaños de los mellizos de su hermano Malcolm. Como era costumbre, lady Georgiana siempre encontraba una razón para estar cerca de él, y ese acercamiento había despertado sentimientos en su interior que lo habían confundido y asustado. Sentimientos que eran difíciles de comprender y aún más difíciles de manejar. Lucían había tomado la decisión de alejarse, tratando de evitar cualquier situación que pudiera complicar las cosas aún más. Lo último que quería era lastimar a lady Georgiana. Sin embargo, a pesar de su determinación de mantener las distancias, Lord Sheffield no podía evitar sentirse intranquilo cada vez que lady Georgiana estaba cerca. Sus encuentros pasados habían dejado una huella en su mente y en su corazón. Pero su amistad con Malcolm era más importante y no podía traicionarlo.

Gina poseía una belleza extraordinaria que tenía el poder de atraer la atención de cualquier hombre a su alrededor. El conde de Sheffield no pudo evitar sentirse cautivado por su encanto mientras se acercaba a ella. Se llevó las manos a la espalda, tratando de contener la emoción que sentía al verla, y murmuró su nombre en un susurro

apenas audible:

—Lady Georgiana…

Gina se giró hacia él con elegancia, y el brillo de sus ojos verdes lo dejó momentáneamente sin aliento

—Milord —dijo ella, haciendo una pequeña reverencia.

Lady Georgiana deslumbraba con su vestido azul, con mangas abultadas que agregaban un toque de elegancia a su figura. Su pronunciado escote revelaba con sutileza la curva de sus clavículas y el inicio de sus pechos, atrayendo las miradas de aquellos a su alrededor. El conde de Sheffield echó una ojeada a su alrededor, buscando a Malcolm con la mirada. ¿Qué había pasado por la mente del marqués al permitir que su hermana saliera vestida de esa manera?

Regresó la vista a Gina y quedó cautivado una vez más por su belleza. Ella llevaba su cabello recogido, adornado con cintas plateadas que resaltaban la suavidad de sus facciones, y algunos tirabuzones caían con gracia sobre su nuca. De repente, esa llama de deseo que había intentado apagar, había vuelto a encenderse. Buen Dios, prácticamente él la había visto crecer. No cabía duda de que haberse mantenido alejado de la sociedad durante los últimos meses había afectado su buen juicio.

—No sabía que vendrías a Londres —comentó—. ¿Tu hermano y la marquesa también se encuentran en la ciudad?

—No, ellos se quedaron en Derbyshire —respondió—. Lady Emma dará a luz pronto y el viaje sería agotador para ella. Mi hermano decidió que debo casarme y me ha obligado a venir a Londres para la temporada —la sinceridad eran una de las cualidades que caracterizaban a Gina—. Me estoy hospedando con los Hawkins.

Eso explicaba el descaro de su vestimenta. Lady Eleanor, la hermana de la marquesa, era la esposa del capitán Hawkins, y Malcolm probablemente había confiado en que los Hawkins cuidarían bien de su hermana.

—¿Por qué no regresaste a Derbyshire? —le reclamó Gina.

—Mi hermano falleció y…

—Mis condolencias —lo interrumpió ella, con una expresión compasiva en el rostro.

—Gracias —contestó él—. ¿Conque planeas casarte, eh? —preguntó, sintiendo un pellizco de incomodidad en su interior—. ¿Acaso te ha llamado la atención algún invitado de lady Elizabeth? —Gina alzó una ceja inquisitiva ante su intromisión, y él se apresuró a corregirse—: Dado que me has dicho que Malcolm no te acompañará esta temporada, me tomaré la libertad de protegerte y alertarte sobre posibles cazafortunas.

Gina hizo una pausa mientras meditaba su respuesta. El hecho de que ella estuviera considerando algunos de los invitados de la condesa como candidatos lo ponía de malhumor. Lucían estudió la sala y arrugó el entrecejo. Lady Elizabeth no se había esmerado demasiado en buscar pretendientes adecuados, consideraba que ninguno se hallaba a la altura de lady Georgiana. Gina sacó un abanico de plumas de su bolso y se abanicó el rostro, dándole un aire de misterio a la situación.

—Tal vez exista un caballero entre los invitados de la condesa que haya captado mi interés —mencionó Gina con un deje de intriga en su voz.

Lucían apretó los puños a sus espaldas y levantó una curiosa ceja.

—¿Ah, sí?

Ella se inclinó hacia él y dijo en un tono confidencial:

—Pero lo más probable es que ese caballero ni siquiera me haya prestado atención.

Él se inclinó un poco más hacia ella y susurró:

—Si ese es el caso, entonces ese caballero es un verdadero idiota.

Gina volvió a abanicarse el rostro y sonrió con picardía.

—Puede que usted tenga razón, milord.

Lucían la miró a los ojos y por primera vez no vio a la Gina rebelde y caprichosa, sino a una dama prudente y sumisa. Sabía que estaban en un lugar público y ella debía cuidar el protocolo, pero en el fondo él prefería a la Gina de ojos vivases, a la muchacha ingeniosa y lista que no le daba miedo disfrutar de la vida. Tal vez durante esos dos años que no se habían visto lady Georgiana se había deshecho de esa muchacha. «¿A dónde se había ido su pequeña tirana?», se preguntó en silencio.

El corazón le latía con tanta fuerza que temía que en cualquier momento se le saliera del pecho. Lady Georgiana no podía creer que tuviera a Lucían frente a ella después de tantos meses sin verlo. Hizo un gran esfuerzo por controlar sus emociones. La presencia del conde no pasaba desapercibida en la habitación: su altura, el ancho de sus hombros, su sonrisa seductora, incluso su aspecto un poco descuidado, todo en él irradiaba un magnetismo irresistible. No había ganado su fama de libertino por nada. Era perseguido por mujeres solteras y era el objeto de deseo de mujeres casadas. Acomodó los pliegues de su falda y adoptó la delicadeza de una recién debutante; debía convertirse en la dama que todos esperaban que fuera. La dama que, quizás, el conde de Sheffield desearía como esposa si alguna vez cambiaba su actitud hacia el matrimonio. Enderezó los hombros y se sumergió en su papel de dama dócil y educada.

—No sabía que usted se hallaba en Londres, milord —dijo ella —. Pensé que se encontraba en algunos de sus viajes.

—Decidí quedarme en Londres esta temporada —respondió.

—¿Para buscar una esposa? —inquirió con cautela.

Aquellos ojos verdes se clavaron en los suyos y una sonrisa perezosa apareció en un extremo de su boca antes de contestar:

—Como bien se lo he expresado muchas veces, tener una esposa no está entre mis planes, ahora ni nunca.

De pronto, de pensar que su hermano la había enviado al mismo infierno, ella había encontrado un motivo para aprovechar su estadía en Londres: Haría todo lo que estuviese a su alcance para hacer que Lucían cambiara su parecer con respecto al matrimonio. Quería que, por una vez en su vida, la mirara como a las mujeres que él seducía. Y su plan empezaría esa misma noche. Gina se abanicó el rostro y lo miró coqueta.

—Si me disculpa, milord, debo ir con lady Eleonor —dijo con una sonrisa amable—. Ella quería presentarme a uno de los invitados de la condesa. Un caballero muy respetable —se cubrió el lado izquierdo de su rostro con el abanico para susurrar—: Ella dice que es perfecto para mí.

El conde esbozó una sonrisa forzada. Si no lo conociera tan bien, Gina hubiera jurado que había detectado un destello de celos en sus ojos, pero rápidamente descartó esa idea como producto de su propia imaginación. Después de todo, para que Lucían sintiera celos, primero tendría que enamorarse de ella.

—Parece que su búsqueda de un esposo va en serio —comentó él, ajustándose los puños de la camisa con gesto tranquilo, aunque su mirada reflejaba una leve incomodidad.

Ella enderezó los hombros y alzó una ceja, mostrando un aire de confianza.

—Por supuesto, milord, para eso he venido a Londres —afirmó con una sonrisa traviesa, mientras jugaba con el abanico entre sus dedos.

—Luces diferente —mencionó él, observándola detenidamente —. Pareces una dama más de la sociedad, has dejado atrás a la pequeña tirana.

Gina no pudo evitar una mueca de diversión ante el comentario.

—La tirana solo aparece cuando la provocan —dijo con un

toque de picardía, antes de volver a adoptar una expresión más serena —. Espero que este sea el primero de muchos encuentros, lord Sheffield.

El conde inclinó la cabeza, asintiendo con la promesa de que así sería. Luego, se apartó para permitir que Gina pasara. Ella se alejó con la espalda erguida y una amplia sonrisa en los labios. ¿Cómo no iba a sonreír si el conde había regresado a su vida? Era el hombre que aún lograba que sus entrañas se derritieran.

CAPÍTULO 6

GINA se había levantado de tan buen humor que ni siquiera había necesitado que su doncella la despertara. Bajó a desayunar con un vestido rosa pálido que resaltaba su cabello oscuro y piel de porcelana. Al entrar al comedor, se encontró con lady Eleonor, quien la observaba con curiosidad. Gina le dio los buenos días y se sirvió huevos revueltos, tocino, unos bollos de pan y un poco de mantequilla en su plato antes de sentarse frente a lady Eleonor. Una doncella se acercó para servirle té en su taza

—La cena de Lizzy ha sido todo un éxito, ¿verdad que sí? —comentó lady Eleonor.

Gina apenas había logrado conciliar el sueño. Había pasado toda la noche ideando un pequeño plan para conquistar al conde. Un plan que pondría en marcha ese mismo día.

—Sí, lo ha sido —respondió, dándole un bocado a su pan.

Eleonor apoyó los codos sobre la mesa, con la barbilla descansando en sus manos entrelazadas.

—¿Eso significa que ha habido un caballero que te ha interesado? —preguntó, entusiasmada.

«Sí». Gina sintió un ligero rubor en sus mejillas, pero mantuvo la compostura.

—No precisamente —respondió, optando por ocultar su interés por Lucían por el momento. Un canalla de Mayfair nunca era una buena opción, y Eleonor se lo había dejado en claro la noche anterior —. Lamentablemente, ninguno de los caballeros que conocí en la cena de Lizzy estaban incluidos en la lista que Malcolm hizo para mí.

Eleonor la miró boquiabierta.

—¿Tu hermano te ha hecho una lista de candidatos? —preguntó

con sorpresa.

—Sí, me ha hecho una lista de los caballeros a los que debo acercarme —respondió, resignada.

—¿Y qué ha dicho Emma al respecto? —quiso saber, mientras le ponía mantequilla al pan.

Gina respondió luego de beber un sorbo de té:

—La marquesa lo ha ayudado a armar la lista.

Lady Eleonor empezó a toser cuando se atragantó con las migas del pan.

—¿Es que el embarazo ha hecho perder la cordura de Emma?

—Al principio también lo tomé a mal, pero luego entendí que es la forma que ellos tienen para cuidarme al encontrarse tan lejos de Londres —explicó, encogiéndose de hombros.

—Por mi experiencia, deberías deshacerte de esa lista.

Ella levantó una ceja.

—¿Tu experiencia?

—En mi desesperación por hallar un marido para salvar a mi familia hice una lista. Una lista que no salió nada bien —le contó Eleonor—. Por suerte recapacité y pude casarme con el hombre que amo. Deberías tirar esa lista a la basura porque te aseguro de que mi esposo espantará a cualquier cazafortunas.

—El capitán Hawkins es otro recurso de protección con el que contaba Malcolm —replicó Gina.

—No debes seguir esa lista si no quieres, Gina —expresó Eleonor—. Debes saber que he recibido varias invitaciones y esta noche asistirás a tu primer baile —dijo emocionada—. Te advertí que tu presencia en Londres sería toda una sensación.

—No siempre se presenta una dote tan grande en el mercado —comentó llena de sarcasmo.

Eleonor hizo una mueca con la boca, restándole importancia a sus palabras. El mayordomo las interrumpió y les avisó que habían llegado varios arreglos florales para lady Georgiana. Gina se levantó de su asiento de golpe y corrió hacia la sala. Abrió los ojos de par en par al ver que la habitación estaba adornada con rosas blancas, lirios y narcisos. Giró la cabeza hacia Eleonor, mirándola con sorpresa.

—¿Todas estas flores son para mí?

—Lo son —confirmó Eleonor—. No me sorprende que te empiecen a llover pretendientes después de la cena de anoche.

Eleonor envió a una de sus doncellas por jarrones para colocar las flores. Gina, emocionada, leyó las tarjetas esperando encontrar la firma del conde de Sheffield. Sin embargo, su sonrisa desapareció cuando leyó la última tarjeta.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Eleonor, al notar la decepción en el rostro de Gina.

«Que todas esas flores carecían de significado si ninguna había sido enviada por Lucían», pensó.

———Parece que esperabas que algunas de estas flores fueran enviadas por una persona en particular.

Buen Dios, Eleonor era tan intuitiva como la esposa de su hermano. Tendría que moverse con más cuidado mientras ponía en marcha su plan de conquista. Estaba segura de que Eleonor pegaría el grito al cielo si se enteraba quien era el caballero que le interesaba.

—No es eso, es que me da pena que estos caballeros me hayan enviado flores y que no puedan ser correspondido —explicó Gina.

Lady Eleonor achicó los ojos.

—Bienvenida a la temporada, cariño, estas son las reglas del juego. Si la dama te interesa, debes esforzarte en conquistarla, y el cortejo es una etapa importante.

¿Eso significaba que a Lucían no le importaba?

—¿Qué me dices de los libertinos? Dudo que ellos envíen flores.

Eleonor se cruzó de brazos.

—Ellos no solo envían flores, sino que, además, joyas. Y joyas costosas.

Gina soltó una risotada.

—Dudo que el conde de Sheffield sea de los que envía flores —trató de convérsese a sí misma.

La mirada de Eleonor se hizo más suspicaz.

—Te equivocas otra vez, Gina. El conde es de lo que envía flores a damas de dudosa reputación.

Por más que no quería aceptarlo, sabía que eso era cierto. Lucían formaba parte de los canallas de Mayfair, considerado uno de los peores libertinos de Londres.

—Será mejor que mantengas tu distancia de él —le recordó Eleonor en un tono de advertencia—. Tu reputación se vería manchada si te vinculas con el conde de Sheffield.

¿Qué mantuviera su distancia con Lucían? Si se enteraba de su plan de seducción, la mandaría de regreso a Derbyshire.

—Conozco al conde desde hace tiempo, es un buen amigo de Malcolm.

—Últimamente el conde ya no es amigo de nadie —repuso—. Y la verdad, me sorprendió que anoche él hubiera asistido a la cena de Lizzy.

—¿Por qué dices eso, Eleonor?

—Porque desde que su hermano falleció, el conde no ha sido la misma persona —continuó—. Los excesos y los vicios lo están consumiendo poco a poco. No me extrañaría que esté al borde de perder su fortuna.

Ella había notado que una parte de Lucían ya no estaba. La chispa en sus ojos había desaparecido. Siempre había sido muy meticuloso con su apariencia, pero en la cena de Lizzy ni siquiera se

había molestado en planchar su levita.

—Gracias a los hermanos Marclow, las casas de juego le han negado el acceso al conde. Sus amigos temían que él perdiera todo su dinero, en el caso de que no lo haya hecho ya.

El corazón de Gina se apretó con preocupación al enterarse de la situación del conde. Él estaba en un estado peor de lo que había imaginado. Necesitaba ayuda, y ella estaba decidida a ser quien se la brindara. Una doncella irrumpió en la sala anunciando que los pequeños necesitaban la atención de lady Eleonor.

—Debo atender a mis pequeños —murmuró Eleonor—. Continuaremos esta conversación más tarde.

—No te preocupes por mí, saldré a dar un paseo con mi doncella.

Gina sabía que no había tiempo que perder. Debía actuar con rapidez antes de que la situación de Lucían empeorara aún más.

CAPÍTULO 7

LADY Eleonor le había prestado su carruaje para que la llevara a Hady park. Gina le había pedido al chofer que regresara por ella en una hora, mientras daba un paseo con su doncella.

—El parque es muy bonito, milady —comentó Maisy.

Gina sostuvo con su otra mano su sombrilla para protegerse del sol.

—Lo es, pero prometo traerte otro día.

—¿Otro día? —repitió—. Pero si ya estamos aquí.

Ella sujetó a su doncella de la mano y la llevó cruzando la calle.

—Tendremos que cambiar de planes.

—¿Cambiar de planes?

—Iremos a visitar a Lucían —le informó.

—¿Por qué diablos iremos a visitar al conde, milady?

—Eso no es asunto tuyo —refunfuñó Gina.

—¡Pero el marqués, su hermano, se enfadaría si supiera que la he acompañado a casa de un caballero soltero!

—Mi hermano no tiene por qué enterarse.

Maisy soltó un bufido.

—Por un momento pensé que finalmente se había convertido en una dama.

—Soy una dama, Maisy —dijo, ofendida.

—Una dama no va a la casa de un hombre soltero —continuó protestando su doncella, mientras ella la arrastraba hacia las calles de Mayfair.

—Lucían es un amigo de la familia —se defendió ella.

Se detuvieron delante de la residencia del conde, una imponente mansión de estilo georgiano que se alzaba majestuosa en medio de Mayfair. Gina y Maisy intercambiaron una mirada nerviosa antes de subir las escalinatas de la entrada

—Santo cielos, nos meterá en un problema, milady.

—No digas tonterías, Maisy —musitó Gina, mientras tocaba la puerta. Un eco metálico resonó a través del umbral, rompiendo el murmullo de sus pensamientos.

El mayordomo no tardó en abrir la puerta. Para el espanto de su doncella, Maisy, Gina tuvo que gritar tres veces que buscaba al conde de Sheffield. El mayordomo parecía haber perdido parte de su audición, y consideraba que ya era demasiado anciano para seguir desempeñando ese puesto. Además, era evidente que al conde le importaba poco que su empleado luciera un uniforme presentable o que estuviera en buen estado, ya que este se veía bastante deshilachado por el uso. El mayordomo les hizo un gesto con la mano para indicarles que pasaran a la sala.

La habitación apenas estaba iluminada. Las velas de los candelabros estaban a punto de acabarse, proyectando una luz tenue sobre el espacio. Los muebles estaban cubiertos de una fina capa de polvo y algunos ni siquiera habían sido despojados de sus sábanas blancas, lo que daba la impresión de que la sala había sido abandonada hacía mucho tiempo.

—Pónganse cómoda, milady, lord Sheffield vendrá en un momento —murmuró el mayordomo antes de desaparecer de la sala.

Gina se adelantó un paso, pero su doncella, Maisy, la detuvo con un gesto de preocupación, tomándola del brazo.

—No se siente en el sofá, milady, porque puede haber una rata entre los almohadones —advirtió, con una mirada de desaprobación hacia el mueble polvoriento.

No quiso admitir que su doncella estaba en lo correcto; tenía

razón al preocuparse por el poco cuidado que el conde le daba a su residencia. Además de la falta de higiene, el lugar olía a humedad. ¿Acaso lady Eleonor no se había equivocado cuando le mencionó que Lucían estaba en quiebra?

De pronto, se oyeron unos ladridos en la habitación continua que se dirigía hacia donde ellas estaban. Los ladridos se hicieron más fuertes y, de repente, apareció un perro de tamaño mediano corriendo, con una alegría contagiosa en su rostro.

—¡No se acerque a esa bestia, malidy! —exclamó Maisy.

Gina se acuclilló y chasqueó los dedos para llamar la atención del perro. El cachorro dejó de ladrar y empezó a saltar y mover la cola al verla. Había sido ella quien lo había cuidado durante los primeros meses después de que se lo regalaran a Lucían. El animal no la había olvidado. Gina le acarició el hocico, sintiendo la familiaridad de su suave pelaje bajo sus dedos.

De repente, se oyeron pisadas firmes sobre las baldosas, indicando que alguien se acercaba.

—¡Tirana! —gritó el conde al entrar en la sala. Su voz gruesa retumbó en la habitación—. No molestes a nuestra invitada.

Ella se enderezó y alisó la falda de su vestido. Su corazón empezó a latir con fuerza cuando lo vio. Lucían vestía unas botas negras y calzas del mismo color, con una camisa azul que estaba mal abrochada en la altura del pecho. Gina tragó saliva y se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja, sintiendo cómo el rubor comenzaba a extenderse por sus mejillas.

—Buen Dios, Lucían, ¿por qué no le has cambiado el nombre al cachorro? —le reclamó, inclinándose para acariciar el lomo del animal —. Pobrecita mi tirana, tu dueño sí que es un bruto para escoger nombre.

—Si escogí ese nombre, solo fue porque me hizo recordar a cierta persona indomable que tengo ahora mismo en frente — respondió el conde, mientras se acercaba a Gina y al cachorro.

Lucían acortó la distancia que los separaba, se llevó las manos a la cadera y entornó los párpados.

—Por los clavos de Cristo, Gina, ¿qué diantres haces en mi casa? —exclamó con asombro, mezclado con un toque de exasperación.

—Le dije que era una mala idea milord —intervino su doncella.

—Cierra la boca Maisy —le pidió Gina.

—Deberías haber escuchado a tu doncella —expuso él en un tono serio—. Si alguien te ha visto ingresar, tu reputación se verá manchada antes de haber asistido a tu primer baile de la temporada.

Lady Georgiana cruzó los brazos debajo de los pechos y tamborileó con los dedos sobre los brazos, evidenciando su frustración.

—Nadie sabe que he venido a visitarte —dijo—. Existe un asunto importante que debo hablar contigo.

—Pudiste pedir que fuera a verte a la casa del capitán Hawkins —expuso el conde, con una nota de reproche en su tono.

Ella se inclinó hacia él.

—Es que nadie debe enterarse de este encuentro, muchos menos lady Eleonor.

Maisy abrió grande los ojos.

—Virgen María madre de Dios —exclamó, persignándose—. ¡En que lío se meterá está vez milady!

—Mi felicidad pende de un hilo, milord, y no permitiré que mi hermano me la estropee. ¡No planeo casarme con un hombre que no amo! —declaró Gina con determinación.

—Sabía que tu actuación de una dama dócil no podía durar por mucho tiempo —murmuró él, sacudiendo la cabeza con una expresión de resignación.

—El marqués nos mandará a la horca a los tres debido a su

imprudencia, milady —advirtió Maisy con voz temblorosa.

Ella miró al techo y revoleó los ojos.

—No seas pájaro de malagüero, Maisy.

Gina se encaminó al sofá y dejó caer su cuerpo, luego le dio unas palmaditas al almohadón polvoriento, invitando al conde a que se sentara a un lado de ella. Él se quejó al principio, pero terminó accediendo.

—¿No me ofrecerás nada para tomar, milord? —musitó, recordándole lo poco atento que era él con su invitada.

Lucían levantó una ceja.

—¿Desea tomar algo en especial, milady?

—Un té estaría bien —contestó ella con una sonrisa.

Él echó una ojeada por toda la habitación y sin un dejo de vergüenza, dijo:

—Lo siento, pero olvidé que ya no tengo una cocinera.

Gina se volteó para mirar a su doncella.

—¿Podrías prepararnos un té, Maisy?

Su doncella soltó un resoplido.

—Sabía que esto era una mala idea —protestó por lo bajo y se retiró a la cocina con pasos apresurados.

Gina esperó a que su doncella se alejara para mirar a los ojos al conde y decir:

—Milord, estoy consciente de que enfrenta dificultades financieras, y he venido con una propuesta que podría resolver todos sus problemas —dijo con toda seriedad.

Lucían la observó en silencio con un brillo de curiosidad en los ojos, y una leve sonrisa se asomó en su rostro. Se recostó cómodamente en el sofá y respondió:

—¿De veras? Entonces, soy todo oídos, milady. Por favor,

continúa.

CAPÍTULO 8

LA CRIATURA sí que había perdido el buen juicio. Básicamente, Gina creía que él había lapidado toda su fortuna. ¿Qué diantres le había hecho creer tal cosa? No daba crédito a lo que escuchaba. Ella le había propuesto un trueque, una oferta que podría restaurar su solvencia; solvencia que nunca había perdido realmente. Lucían se acomodó en el sofá, cruzó las piernas con desenfado y apoyó una mano en su muslo mientras la otra descansaba en el respaldo del sillón.

—Entonces, ¿dices que te ayude a escoger un marido de la lista de candidatos que Malcolm te entregó y a cambio tú me entregarás la mitad de tu dote? —explayó el conde.

El cachorro se subió al regazo de Gina y ella le acarició el hocico mientras decía:

—Mi padre no escatimó en mi dote —se inclinó para besar a Tirana en la coronilla—. De hecho, en sociedad nunca antes se ha presentado una dote tan alta como la mía.

—No dudo de eso —respondió Lucían.

—Mi padre siempre temió a que la reputación de mi madre ahuyentara a mis pretendientes, y de hecho, no se equivocó con eso —explicó Gina.

—En realidad, quien se ha salvado de ese tipo de personas has sido tú.

Gina le sonrió tímidamente.

—Malcolm no dudará en entregarte la mitad de mi dote si me ayudas a conseguir un buen marido —le aseguró ella, mientras acariciaba al cachorro que descansaba en su regazo—. Probablemente no logres pagar todas tus deudas, pero será de gran ayuda.

Lady Georgiana había conseguido herir su orgullo masculino. Él

ni siquiera había perdido dinero en las casas de apuestas. De hecho, había ganado bastante. Cam le había prohibido el ingreso a su club por miedo a que su racha terminara y no pudiera salir de esa espiral. Además, había invertido en el mercado de especias y su negocio estaba prosperando. Tal vez el hecho de que ya no le prestara tanta atención a su aspecto físico como antes, o que hubiera descuidado su residencia, alimentaba aún más el rumor de que estaba en bancarrota. Después de la muerte de su hermano, ese tipo de cosas le parecían sin importancia.

—Mi dote podría ayudarte a contratar más personal —dijo ella, echando una ojeada a su alrededor—. No puedes dejar toda la responsabilidad de una casa a tu mayordomo, apenas puede mantenerse en pie. Deberías sentirte avergonzado, Lucían —lo regañó.

En el último tiempo, él había estado tan inmerso en sus asuntos que se le había pasado por alto que su ama de llaves se había tenido que ir para cuidar a su madre enferma. Su casa se había vuelto un caos y él había empezado a despedir a sus empleados por hacer mal su trabajo. Tal vez su ánimo tampoco había ayudado mucho y recién estaba cayendo en la cuenta del caos que era su casa. La chiquilla había logrado que se sintiera avergonzado de haberle dejado todo el trabajo a Vince, su mayordomo.

—No es algo que me haga sentir orgulloso —reconoció.

Gina bajó la barbilla y lo miró con sus intensos ojos verdes. Su corazón dejó de latir por unos segundos y durante ese breve lapso, un deseo intenso se apoderó de él. Lo que lo había alejado de Derbyshire hacía dos años atrás había vuelto a despertarse. Deseó tener a su tirana en sus rodillas y apoderarse de su boca. Algo no estaba bien con él. Gina era la hermana de Malcolm. El marqués lo destrozaría, no podía arruinar una amistad por un simple deseo. Porque solo era un deseo pasajero, ¿verdad que sí? Se preguntó, aunque no estaba tan seguro de la respuesta.

—¿Entonces me ayudarás con la lista de Malcolm? —insistió ella—. ¿Me ayudarás a conseguir un buen marido?

Desde la muerte de su hermano, Lucían había perdido interés en las frivolidades de la alta sociedad. Las fiestas, las reuniones y las apariencias ya no tenían el mismo atractivo para él. Sin embargo, el ultimátum que los hermanos Marclow le habían dado, lo obligaban a enfrentarse nuevamente a esa vida que tanto había intentado evitar. Y lo que menos quería en ese momento era regresar a esa vida social, donde estaría cerca de Georgiana y donde sus impulsos podrían salir a flote nuevamente. Pero no le quedaba más remedio que volver al ruedo.

—No te lo pediría si no sintiera miedo de enamorarme de un cazafortunas. ¿Quién me protegerá de ellos si Malcolm no me acompaña?

Lucían estaba seguro de que ningún cazafortunas se atrevería a acercarse a ella. Él mismo se encargaría de ahuyentar a cualquiera que intentara hacerle daño. Por los clavos de Cristo, la idea de verse envuelto en la vorágine de la temporada londinense le inquietaba profundamente. Le preocupaba la posibilidad de que la hermana de uno de sus mejores amigos se metiera en problemas. Además, se sentía en deuda con Malcolm después de su última discusión. Quería recuperar su amistad, y qué mejor manera de hacerlo que cuidando de su hermana. Sin embargo, cuidar a Gina también significaba cuidarse a sí mismo y asegurarse de no caer en la tentación que ella le representaba.

Georgiana sacó un papel de su bolso y le entregó la lista que el marqués había hecho para ella. Lucían arrugó el entrecejo mientras leía a los posibles candidatos, luego alzó la vista de golpe y miró a Gina a los ojos.

—¿En qué diantres pensaba Malcolm cuando hizo esta lista? —exclamó Lucían, frunciendo el ceño mientras hojeaba el papel.

Gina echó la cabeza hacia atrás, sin parpadear.

—¿Acaso crees que soy poca cosa para esos caballeros? —le cuestionó ella.

Él suavizó su mirada al comprender el enfado de su tirana. El

padre de Gina siempre la había menospreciado por su parecido con su madre, y la llegada de la nueva esposa del marqués solo había empeorado las cosas. Esta nueva mujer había hecho sentir a Georgiana como una impostora en su propio hogar.

—Todo lo contrario, creo que eres demasiado para esos caballeros —gruñó—. ¿El vizconde Tazween? —mencionó en voz alta el nombre de uno de la lista—. ¡Él acaba de ser padre de gemelos!

Ella sonrió algo incómoda.

—Supongo que mi hermano no tenía esos detalles.

Lucían hizo un bollo el papel y lo arrojó al suelo.

—¡Qué has hecho! —él la sujetó del brazo para que no fuera por la lista—. ¿Cómo sabré a que caballero debo perseguir?

—Yo te ayudaré —dijo Lucían—. Te ayudaré a encontrar a un buen esposo.

De pronto, el rostro de Gina se iluminó.

—¿En serio? —preguntó con entusiasmo.

—Y empezaré acompañándote a tu primer baile.

—Esta noche tengo mi primer baile —se apresuró en decir ella.

Buen Dios, en qué lío acababa de meterse.

—¿Entonces tenemos un trato? —repuso Gina, extendiendo un brazo para que le estrechara la mano.

Él le sujetó la mano entre las suyas y se la apretó. De pronto, sintió como si un rayo lo hubiera atravesado. La pequeña y delicada mano de Gina lo enterneció, despertando en él una necesidad profunda de cuidarla y protegerla de quien quisiera hacerle daño. Sentía que el hombre que estuviera a su lado debía cumplir con varios requisitos para estar a la altura de ella. Lo peor era que no podía imaginársela en los brazos de otro hombre; la quería solo para él. Sacudió la cabeza para apartar esa idea de su mente y, con esfuerzo, soltó su mano y se apartó de ella para no caer en la tentación de

acariciarla.

—Primero debemos pasar la prueba del primer baile y luego nos sentaremos a hablar de si hay trato o no —contestó Lucían—. Pero debes saber que el primer baile no te saldrá gratis.

—Todavía no tengo en mi poder el dinero de mi dote —le hizo saber ella.

—No quiero tu dinero.

Gina enarcó una ceja con curiosidad.

—¿Ah, no?

—Quiero que me ayudes a encontrar a un ama de llaves —pidió Lucían. Ante el rostro de asombro de Gina, añadió—: No soy idiota, sé que mi mayordomo no puede llevar a cabo todas las tareas de la casa.

Gina se inclinó para besar al cachorro en la cabecilla y luego respondió con una sonrisa en los labios:

—Lo haré con mucho gusto.

La doncella de Gina ingresó a la sala sosteniendo la bandeja con el té.

—Su despensa está prácticamente vacía, milord —le informó—. Apenas pude preparar dos tazas de té.

Gina se cubrió la boca con la mano al hacer una exclamación.

—Nunca imaginé que tu situación económica fuera tan grave, Lucían.

Era irónico que en su casa no hubiera té cuando él importaba toneladas de té de la India. Estuvo a punto de decirle a Gina que la falta en su despensa se debía a su descuido, que no debía preocuparse por si no tenía algo para comer. Sin embargo, de repente le pareció interesante que se corriera el rumor de que estaba en quiebra. De esa manera, apartaría a muchos interesados.

—Milord —dijo su mayordomo—. La viuda de su hermano ha venido a verlo.

Lucían tensó la mandíbula. Todavía no se acostumbraba a la presencia de Lana en su casa, y si tenía algún trato con ella, era únicamente por su sobrino.

—Acaso he escuchado bien, milord, ¿la viuda de su hermano ha venido a verlo? —susurró Gina.

—Sí —afirmó él—. Hazla pasar inmediatamente, Vince.

—¡No puedo creer el cinismo que tiene esa mujer para aparecerse en su casa! —estalló Georgiana, con las mejillas tan rojas como un tomate—. Después de todas las cosas que ella le hizo.

Gina conocía toda la historia de su ex prometida. Entendía que estuviera enfadada, pero en otra ocasión le explicaría la razón por la que la había recibido nuevamente. Él dejó la taza de té sobre la mesa baja y se levantó del sofá.

—Deberías regresar a la casa de los Hawkins, Gina —le pidió, señalándole la puerta de salida.

Gina lo miró desconcertada.

—En otras palabras, ¿usted me está despidiendo de su casa, milord?

Lucían no quería que la viuda de su hermano encontrara a Gina en su casa. No era apropiado que ella se encontrara en la residencia de un hombre soltero; le preocupaba que su reputación se viera manchada debido a su imprudencia.

—El conde tiene razón, miladi, lo más prudente es que nadie sepa que usted ha estado aquí —murmuró Maisy—. Además, el chofer de lady Eleonor debe estar esperándonos en Hady Park.

Lady Georgiana bajó al cachorro de su regazo y se levantó del sofá, ocultando su molestia a través de una sonrisa.

—No olvide que esta noche tendremos el primer baile de la temporada, milord —dijo, alzando la barbilla con altivez.

—Nos veremos esta noche, miladi —repuso Lucían. Luego, miró a su mayordomo y agregó—: Haz que salgan por la puerta del jardín,

Vince, Lana no puede verlas.

Gina apretó los labios y salió de la sala refunfuñando. Y él contempló su trasero molesto como se balanceaba de un lado a otro mientras se alejaba.

CAPÍTULO 9

LADY ELEONOR estaba emocionada de asistir al primer baile de la temporada. La Condesa Beckaham había abierto las puertas de su residencia para el gran evento, al que nadie quería perderse. Sin embargo, todo el glamour de la velada no había logrado mejorar el humor de Gina. Había creído que su plan con Lucían estaba comenzando a funcionar, pero la llegada de la viuda de su hermano lo había arruinado todo. El conde había estado comprometido con ella antes de casarse con su hermano, y ¿qué pasaría si su amor por la viuda nunca se había desvanecido? Esa podría ser una razón por la que él aún no se había casado. Un nudo se formó en su estómago.

Gina se encontraba ansiosa, con la mirada fija en la puerta de entrada, esperando ver a Lucían entrar en cualquier momento. Aunque intentaba mantener la calma, su corazón latía con fuerza dentro de su pecho. Conocía a Lucían lo suficiente como para saber que era un hombre de palabra, alguien en quien podía confiar. Pero a medida que pasaban los segundos, la duda comenzaba a sembrarse en su mente. ¿Y si él había cambiado de opinión? Se mordisqueó el labio inferior. Lucían no haría tal cosa, ¿verdad que sí?

—¿Te encuentras bien, Gina? —preguntó lady Eleonor mientras le entregaba un vaso con limonada—. Te ves un poco pensativa.

—Son los nervios del primer baile —comentó, tratando de disimular su preocupación—. Me pone ansiosa ver a tantas personas juntas.

Eleonor apoyó una mano sobre su brazo con calidez.

—No te preocupes, lo harás de maravilla —la animó—. Además, he chequeado que han asistido varios de los candidatos de la lista que tu hermano hizo para ti.

Lista que Lucían había deshecho.

—Creí que pensabas que no estabas de acuerdo con esa lista —Comentó Gina.

Lady Eleonor cruzó los brazos sobre el pecho, mostrando su desacuerdo con la situación.

—Continuo sin estar de acuerdo con la lista —replicó—. Pero me sentí en la obligación de decírtelo si tu intención es obedecer al marqués.

Gina se sentía abrumada por una sensación amarga que la había acompañado durante todo el día. A esas alturas, ya no sabía qué era lo mejor para ella. Siempre había estado enamorada de Lucían, y ese amor le había impedido considerar a otras personas. Era la primera vez que sentía que podía perderlo, aunque en realidad el conde nunca había sido de ella. Finalmente, había llegado el momento en el que debía empezar a pensar en su futuro. Aunque actuara como si nada le importara delante de los demás, como si no quisiera un marido ni hijos, en realidad anhelaba tener su propia familia.

—Tal vez la lista no ha sido tan mala idea —respondió Gina, tratando de convencerse de que así lo era—. ¿Acaso existe otra persona mejor que pueda escogerme un buen marido que mi propio hermano?

—Por supuesto que existe, esa eres tú, Gina.

Lady Lidia, la hermana del marqués Marclow, se acercó entre resoplidos.

—Apenas he llegado y mi carnet de baile ya se encuentra repleto —protestó Lidia.

—¿Y eso no es algo bueno? —preguntó Georgiana.

—¿Si es algo bueno? —repitió Lidia—. Mi hermano me ha obligado a aceptar todas las ofertas después de que le confesara que planeaba convertirme en institutriz. Él ha pegado el grito al cielo y cuando se lo ha dicho a mi madre, ella por poco no ha pasado al otro lado.

—Parece que nuestros hermanos están destinados a querer elegir qué es lo mejor para nosotras —comentó Gina.

—Pero mi hermano se olvida de que yo también soy una Marclow y que puedo ser más cabezota que él.

—No dudo de eso, Lidia —se mofó Eleonor—. Pero parece que lady Georgiana está dispuesta a obedecer a su hermano. Él le ha hecho una lista de los caballeros de los que puede acercarse.

En un principio había decidido obedecer a su hermano para tener a Lucían cerca, pero al darse cuenta de que el conde nunca sería de ella, había tomado la decisión de darle una oportunidad a la lista de su hermano, o al menos de los nombres que recordaba que estaban en esa lista.

—¿Una lista? —Lidia observó a la esposa del capitán y agregó —: Eleonor te puede decir de la mala idea que son las listas. Ella hizo una antes de casarse con lord Hawkins.

—También le dije que la lista no es una buena idea —afirmó Eleonor, haciendo una mueca.

—Buen Dios, el vizconde Tikenboll viene hacia nosotras — susurró Lidia—. Tendré que fingir que me he doblado el tobillo.

El vizconde se abrió paso entre la multitud, destacando por su imponente estatura y su exceso de peso. Con la respiración entrecortada, se acercó al grupo.

—Buenas noches, miladys —las saludó, inclinando la cabeza.

—Lord Tikenboll —murmuró Lidia.

El vizconde ignoró a Lidia y concentró toda su atención en Gina. Ella enderezó los hombros y se sintió algo incómoda por su intensa mirada.

—Si tiene espacio en su carnet, milady, sería un placer bailar la siguiente pieza con usted.

—Lady Georgiana tiene su carnet vacío —intervino Eleonor.

Gina le lanzó una mirada ceñuda.

Eleonor se inclinó hacia ella y le hizo saber en voz baja:

—El vizconde Tikenboll estaba incluido en la lista que hizo tu hermano para ti. Si tomas en serio esa lista, podrías empezar por él.

Gina alzó el mentón, resistiendo la influencia de Eleonor para que abandonara la lista. Pero ella ya había tomado una decisión. También se preguntó en qué estaban pensando Malcolm y Emma cuando creyeron que el vizconde sería un buen marido. Ella no sobreviviría en su noche de boda. ¿O acaso su hermano creía que no merecía nada mejor? No era correcto juzgar a una persona por su apariencia, probablemente el vizconde era una buena persona y eso era lo que su hermano había visto en él.

—Será un placer bailar con usted, milord —aceptó ella.

Lidia soltó una risita que la camufló con un repentino ataque de tos cuando Gina la miró ceñuda.

Era la segunda vez que el vizconde le pisaba el pie. Gina se esforzó por disimular una lágrima que había escapado por el dolor intenso que sentía en sus dedos. Si la música no terminaba pronto, temía que no podría caminar cuando saliera de la casa de la condesa Beckaham. Tuvo que fingir que no le había dado asco que él la sujetara con sus manos sudadas. Había dejado una huella de transpiración en sus guantes de seda blancos. Se preocupó cuando notó que el vizconde apenas podía respirar. Lo que menos deseaba era perder a su primer pretendiente en su primera noche de baile.

—¿Se encuentra bien, milord?

Él se detuvo en medio de la pista para secarse el sudor con el pañuelo de su chaqueta.

—Hace mucho calor, ¿verdad? —murmuró él agitado.

—¿Desea tomar un poco de aire?

—¿No le molesta no terminar su baile, milady?

—En absoluto —y ella lo decía en serio. Además, sus pies se lo agradecerían.

Gina le ofreció el brazo para que se sujetara, esperando que el vizconde no decidiera desplomarse, porque la arrastraría con él. Se dirigieron al balcón donde no había nadie más en ese momento. Corría una suave brisa que le sentaba muy bien a Lord Tikenboll. Él dejó caer el cuerpo sobre el banco de piedra y una vez que hubo recuperado el aliento, dijo:

—Lamento que no haya concluido su baile, lady Georgiana.

Ella no lo lamentaba. Por lo menos había acabado con sus dos pies endebles. Se acercó a la baranda y miró el jardín de rosas de la condesa.

—No se preocupe, milord, habrá otros bailes —respondió en un tono amable.

Gina dirigió la vista hacia el vizconde y lo estudió con la mirada, y quiso saber que había visto su hermano en él para querer que se convirtiera en su marido.

—¿Sabe? No siempre fui así —murmuró el lord.

—¿Cómo dice?

—Hace aproximadamente un año me caí de mi caballo y me fracturé la cadera —le contó el vizconde.

—Oh, milord, cuanto lo siento.

—Y descargue toda mi angustia en la comida —siguió—. Como bien podrá notar.

—Pero lo que de verdad importa es que usted se haya recuperado de su caída, milord.

—Mi peso no se ha recuperado —dijo, malhumorado—. ¿Eso para usted es un problema?

Había sido una pregunta un poco extraña, pero Gina respondió:

—Por supuesto que no, lord Tikenboll —continuó usando un tono amable para no herir sus sentimientos.

El lord le hizo una seña para que se sentara a un lado de él. Ella se acercó con pasos cautelosos, pero finalmente accedió. El vizconde se apresuró en tomarle una mano entre las suyas.

—Cásese conmigo, milady.

Gina echó la cabeza hacia atrás de golpe y lo miró con sorpresa.

—¿No cree que está yendo muy deprisa, milord?

El vizconde acercó su mano a sus labios y le dio un beso en los nudillos.

—¿Por qué deberíamos esperar? Usted ya no es ninguna jovencita, y debemos asegurarnos de que pueda traer un heredero.

Gina parpadeó sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Se levantó de golpe, sintiéndose indignada. El vizconde le parecía una persona horrible. ¡Ella acababa de cumplir veintidós años! No era una jovencita, pero tampoco era una anciana. El lord daba por sentado que era una joya de opción. Solo faltaba que le pidiera que le diera las gracias por fijarse en ella. No se casaría con él, aunque fuera el último hombre de la tierra.

—Puede que usted tenga la mejor dote del mercado, milady, pero no deja de ser la hija de una golfa —continuó el lord justificando su propuesta de matrimonio.

—Discúlpese ahora mismo con lady Georgiana, milord —murmuró una voz severa y firme.

Gina volteó la mirada hacia un costado y se encontró con el conde de Sheffield. Él estaba de pie varios metros detrás, con un pie sobre un banco de piedra y los brazos apoyados en la rodilla, y de su mano colgaba con descuido un puro. Dio una calada al puro y sonrió cuando la atención se volcó sobre él. El vizconde era el doble de tamaño que Lucían, pero la imponente presencia del conde lo hacía ver como un cachorro. Lucían podía hallarse en quiebra, pero no

había perdido su elegancia. Vestía todo de negro, color que resaltaba sus intimidantes ojos verdes.

—Yo… yo no… no quise ser… —tartamudeó el vizconde.

—¿Un asno asqueroso? —terminó Lucían por él.

—Le estaba pidiendo a lady Georgiana que fuese mi esposa —le confesó lord Tikenboll.

Lucían dirigió la vista hacia ella y levantó una ceja inquisitiva.

—¿Es cierto eso? —preguntó el conde.

Gina asintió con la cabeza.

—¿Y ha aceptado su propuesta, milady?

Gina sintió una oleada de furia recorrer su cuerpo, pero se contuvo. Dobló los brazos y realizó un gran esfuerzo por contenerse y no lanzarle al vizconde una maceta en la cabeza. Sabía que un escándalo era lo último que necesitaba en ese momento. Mantuvo la compostura, aunque su mirada ardía de indignación.

—Definitivamente, acabo de tachar a este cerdo de mi lista —respondió ella, con la mandíbula apretada.

CAPÍTULO 10

A LAS DIEZ DE la mañana del día siguiente, Gina se encontraba golpeando la puerta del conde de Sheffield. Él había puesto un aviso en el periódico para encontrar un ama de llaves. Como Lucían había cumplido con su parte del trato al asistir al baile la noche anterior, ahora ella debía cumplir con la suya: contratar a su nueva ama de llaves. El mayordomo las recibió y las condujo a la sala, donde se realizaría la selección del personal.

Gina apenas había intercambiado algunas palabras con el conde después de lo sucedido en el balcón con Lord Tikenboll. Probablemente, Lucían había notado lo avergonzada que se sentía, a pesar de que las acciones de su madre no eran su responsabilidad. Ese peso lo cargaría en sus espaldas por siempre. Debía ser más realista y darse cuenta de que solo se querrían casar con ella por su dinero. ¿Y si esa era la razón por la que su hermano había incluido al vizconde en su lista? ¿Y si él creía que ella no merecía nada mejor?

—¿Se da cuenta de los problemas en los que nos metemos al regresar otra vez a la casa de lord Sheffield, milady? —protestó Maisy cuando el mayordomo las dejó solas en la sala.

—Debo conseguirle al conde un ama de llaves, es el acuerdo al que llegamos a cambio de que él me ayude a encontrar un esposo —repuso Gina, dejando caer el cuerpo sobre el sofá.

Maisy, su doncella, entornó los párpados.

—¿Quiere que el conde le ayude a encontrar un esposo? —repitió—. ¿Acaso cree que no sé lo enamorada que ha estado de él?

De pronto, Maisy abrió grande los ojos y se llevó una mano a la frente mientras iba y venía por la alfombra.

—¡Sabía que había algo oculto detrás de todo esto! —chilló—.

Usted no quiere que el conde le ayude a encontrar un esposo, usted quiere al conde como esposo.

Gina se estudió distraídamente una cutícula.

—No te metas en mis asuntos, Maisy.

—Sus asuntos también son mis asuntos, milady. El marqués me despediría si se llegara a enterar de que la he apañado con sus locuras.

—Mi hermano no se enterará. Además, Lucían solo ha amada a una sola mujer, y ahora esa mujer se encuentra libre para comprometerse —admitió como si acabaran de apuñalarla.

—¿Eso significa que ese era su plan en un principio?

—Significa que no tienes nada de qué preocuparte —dijo con resignación.

Gina se miró los pliegues de su falda e hizo un gran esfuerzo para contener las lágrimas al darse cuenta de su nueva realidad. Lucían solo había sido un espejismo y ese espejismo acababa de romperse. Malcolm tenía razón cuando le decía que el día en que ella saliera de su burbuja y se topara con la realidad, tendría que ser valiente para enfrentarse a los golpes de la vida. Gina siempre se había creído una mujer fuerte; el abandono de su madre y el desprecio de su padre habían forjado su carácter, pero en ese instante se había dado cuenta de cómo su hermano la había sobreprotegido de la crueldad de la sociedad.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Gina?

Ella alzó la vista de golpe y se encontró con el conde observándola con sus cejas unidas en una sola línea. No había esperado que él se molestara por verla.

—He venido a cumplir con mi parte del trato —continuó al notar que él parecía más confundido—: Quedamos en que debía contratar a tu nueva ama de llaves, Lucían.

—Pensé que no vendrías después de lo ocurrido en el baile de anoche.

¿Qué no esperaba verla por lo que había sucedido con lord Tikenboll? ¡Si lo que había ocurrido en el baile no había sido su culpa! Algo dentro de ella se había roto. Podía esperar que eso se lo dijera cualquier otra persona, pero nunca hubiera imaginado que eso saliera de la boca de Lucían. Gina se levantó del sofá abruptamente, sintiendo que debía alejarse de esa conversación antes de que las emociones la abrumaran por completo.

—Lo siento, pero no tuve en cuenta de que no deseaba que su reputación se manchara por la mala fama de mi madre —explicó, su voz resonando con una mezcla de decepción y dolor—. Me lo hubiera hecho saber la noche anterior, así no tenía el disgusto de encontrarme en su casa, milord —dirigió la vista hacia su doncella y agregó—: Ya podemos irnos, Maisy.

Lucían se pasó una mano por el pelo y dio un paso hacia delante.

—Mi reputación no es la que me preocupa, me preocupa la tuya, Gina —le aclaró—. Si te ven saliendo de la casa de un hombre soltero, darán por hecho esos rumores espantosos. Y aunque tú no quieras admitirlo, sé que te lastiman —avanzó hacia ella y ahuecó una mano en su mejilla con ternura—. Si por mi fuera, pelearía con todo Londres solo para salvar tu honor, pero eso no sería suficiente.

Él había logrado robarle una sonrisa.

—No debes pelear con nadie, Lucían —le pidió—. Pasé tanto tiempo aislada de la sociedad que había olvidado de lo crueles que pueden ser algunas personas. Es cierto que lord Tikenboll ha conseguido herirme, pero me hizo recordar que no soy como mi madre y que no tengo la culpa de lo que ella haya hecho.

—Te prometo que lord Tikenboll recibirá lo que se merece. Pero, más importante aún, prometo estar aquí para protegerte y apoyarte en todo momento.

—Prométeme que no te meterás en problemas, Lucían, y mucho menos por culpa de lord Tikenboll.

—Puedo prometer que haré todo lo posible para no generar un escándalo.

—Lucían… —dijo en un tono de advertencia.

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Siempre te protegeré, tirana —el corazón de ella empezó a latir más rápido—. Que Malcolm no haya podido venir a Londres a cuidarte hace que me vea en la obligación de ocupar su lugar.

Durante un fugaz momento, había creído que Lucían la veía de una manera diferente, que tal vez había despertado un interés real en él. Pero ahora, enfrentándose a sus palabras, se sentía una completa idiota por haber siquiera considerado esa posibilidad. A él solo le interesaba ocupar el lugar de Malcolm, como buen amigo que era de su hermano.

—Debo recordarte que mi hermano ha sido quien incluyó a lord Tikenboll en su lista —dijo Gina.

—La última vez que Malcolm ha visto a lord Tikenboll pesaba cuarenta kilos menos y la caída de su caballo todavía no le había afectado la cabeza.

—Lucían… —lo llamó una elegante dama que ingresaba a la sala.

El conde se volteó y se alejó de lady Georgiana de un tirón.

—Lady Sheffield —mencionó Lucían—. ¿Le ha sucedido alguna cosa a mi sobrino? —preguntó, llevándose las manos a la espalda.

El ambiente se tornó tenso cuando la viuda del hermano del conde hizo su entrada en la sala. Gina no pudo evitar admirar su belleza y elegancia, aunque también se sintió intimidada por su presencia imponente. Con su vestido negro ceñido y su cabello castaño recogido, la viuda exudaba un aura de sofisticación. Sus ojos cafés, penetrantes y observadores, la escudriñaron como si evaluara cada detalle.

Por un instante, Gina se preguntó qué hacía esa mujer en la casa

de Lucían. ¿Había algún vínculo pasado entre ellos que aún persistía? ¿Habían despertado sentimientos antiguos al reencontrarse? La piel se le erizó con la mera idea de que pudiera existir una conexión romántica entre ellos.

—Su sobrino se encuentra en el establo disfrutando de los caballos, milord —respondió la viuda—. Solo quería avisarle que acaba de llegar la primera candidata para el puesto de ama de llaves —mencionó—. ¿Dónde desea que la entreviste, milord?

El gesto de Lucían de ceder su lugar a la viuda provocó un ardor en el estómago de Gina. Sentía como si el conde estuviera otorgándole a lady Lana un poder sobre su residencia que solo le correspondía a una mujer casada. Tragó saliva para desatar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Puedes entrevistar a las candidatas en la sala —contestó lord Sheffield—. Ahora mismo Lady Georgiana se estaba despidiendo.

La viuda sonrió con satisfacción al percatarse de que Gina no representaba una competencia para ella. Era evidente en su mirada que se sentía segura de su posición y de la influencia que tenía sobre Lucían.

—Que tenga un buen día, lord Sheffield —pronunció Gina, en un tono gélido.

—¿Nos veremos en el baile de esta noche, miladi? —preguntó él.

—Lo siento, pero no podré ir al baile de esta noche.

Lucían enarcó una curiosa ceja.

—¿Ah, no? Pensé que quería hallar un esposo, miladi.

De pronto, la viuda soltó una risita burlona.

Gina apretó los labios y respondió con dureza.

—No podré asistir al baile porque mañana debo levantarme temprano. Iremos a Hertforshire, a la casa solariega de lady Beckaham. Y asistirán varios candidatos de la lista que mi hermano ha

hecho para mí —explayó con la intención de demostrarle que no le importaba que la hubiera reemplazado por la viuda. Aunque por dentro se estaba desarmando.

—Lady Beckaham no me ha mencionado nada acerca del evento que dará en su casa solariega —comentó el conde.

—Tal vez sea porque la condesa no ha querido invitarlo, milord —replicó Gina con una sonrisa ligeramente burlona.

Él achicó los ojos.

—Tal vez deba hacerle una visita a la condesa Beckaham —respondió con un tono de voz que denotaba cierta determinación.

—No quisiera interrumpir, pero debo entrevistar a la primera candidata —murmuró la viuda, rompiendo tenso intercambio entre Gina y Lucían.

«¡Entonces no interrumpa!», quiso gritarle. Lady Georgiana enderezó los hombros e hizo una pequeña reverencia al conde al despedirse. Y al pasar a un lado de la viuda, comentó:

—Espero que encuentre a una buena ama de llaves, lady Sheffield.

Ella le dijo al mayordomo que no la acompañara porque ya conocía la salida. No quiso mirar hacia atrás para no encontrarse con la escena del conde con la viuda. Gina se sentía tan herida como aquella jovencita que le declaró su amor al conde y él la rechazó. Lucían la había vuelto a rechazar. Siempre lo había amado y había jurado eliminar ese sentimiento, pero caía rendida a sus pies cada vez que lo veía. Su sonrisa, su arrogancia, lo apuesto que era lo convertía en un seductor imposible. Su corazón latía fuerte y lleno de rabia en su pecho mientras caminaba con indignación hasta Hady Park donde la esperaba el chofer de lady Eleonor.

Sacudió los hombros cuando su doncella le acarició el brazo.

—¿Se encuentra bien, miladi? —preguntó Maisy.

Gina asintió con la cabeza.

—¿Por qué no debería estarlo? —replicó con la voz ronca.

—La viuda…

—Preferiría no hablar de esa mujer —dijo—. Debo enfocarme en mi viaje a Hertforshire, donde hallaré a mi esposo.

—Pensé que usted se había deshecho de la idea de la lista, milady.

Lady Georgiana respiró hondo y se secó una lagrima con el dorso de la mano.

—No puedo convertirme en una carga para mi hermano —expresó—. Y he decidido darle otra una oportunidad a la lista de Malcolm.

O al menos los nombres de los caballeros que recordaba que estaban en esa lista. Aquella jovencita dolida que había jurado que haría que Lucían se arrepintiera de haberla rechazado, había regresado.

CAPÍTULO 11

DESPUÉS de instalarse en la habitación asignada con vista al jardín en la casa solariega de la condesa Beckaham, Gina optó por dar un paseo por el parque para escapar del bullicio de la llegada de los invitados procedentes de Londres. Eleonor había seguido insistiendo durante el viaje a Hertforshire en que olvidara la lista de Malcolm y permitiera que todo fluyera de manera natural. La persona adecuada aparecería en el momento adecuado.

—¡No se mueva, milady! —gritaron a sus espaldas.

Gina se detuvo en seco sobre las escalinatas de piedra de la terraza. De repente, un caballero se le acercó e hincó una rodilla en el suelo, tomando entre sus manos una pequeña lagartija.

—La pequeña parece estar un poco perdida, debes regresar a tu hábitat natural —murmuró él caballero. Alzó la vista y la miró—. Estuvo a un paso de pisarla, milady —añadió él, acercándole el reptil de golpe.

Ella soltó un gritito y dio un paso atrás.

El caballero se rio.

—No le hará daño.

Gina sintió cómo el rubor se extendía por sus mejillas al darse cuenta de que había quedado como una niña tonta frente al desconocido. Se acercó nuevamente y extendió la mano para acariciar la lagartija, que parecía disfrutar del contacto humano.

—Sé que no me hará daño, ha sido la impresión del momento —expresó ella, en un tono más calmado.

Él fingió que la lagartija iba a morder a Gina, quien soltó otro grito nervioso. El caballero no pudo contener la risa y se disculpó entre carcajadas mientras intentaba calmarla.

—Lo siento, milady… no quise… —el desconocido no pudo terminar su frase debido a su ataque de risa.

Gina apretó los labios.

—No debe mentir, milord, su intención sí fue molestarme —gruñó.

Lady georgiana se hizo a un lado y bajó las escalinatas, dejando atrás al burlista.

—Le juro, milady, que nunca quise espantarla —dijo él a sus espaldas.

Ella lo miró ceñuda por encima del hombro, y luego siguió caminando. No sabía quién era él, pero esperaba que no fuera uno de los invitados de la condesa que pasaría ese fin de semana en su residencia. Respiró más aliviada cuando vio una cara conocida.

—¿Qué hacías hablando con el conde de Lancostter? —le reprochó lady Lidia.

Gina le sonrió y pasó un brazo por su codo.

—También me da gusto verte —comentó con sarcasmo.

Lidia exhaló una bocanada de aire y dijo más pausada:

—Lo siento, es que el conde saca la peor versión de mí.

¿Acaso Lidia acababa de decir “el conde de Lancostter”? Su hermano Malcolm había incluido al conde en su lista.

—Sé de lo que hablas, él acaba de molestarme con una lagartija —repuso Gina.

—El conde era mi vecino y de niño vivía rompiendo mis muñecas —le contó, mientras caminaban por el parque.

Si Malcolm lo había incluido es su lista, entonces debía haber algo positivo en lord Lancostter.

—Pero ahora tú y tu antiguo vecino son dos personas adultas.

—Te equivocas, él continúa siendo el mismo idiota —añadió

Lidia malhumorada. Hizo una pausa y prosiguió—: No quiero descargar mi enfado con el conde contigo, Gina. Me alegra que hayas aceptado la invitación de la condesa. Pediré que nos pongan en la misma habitación. Anabella no vendrá porque están ajustando su vestido de boda, y Fiona está empeñada en buscar al Justiciero para que impida esa boda. Si pudiera hacer algo, también lo haría, pero por el momento solo puedo ser el hombro de mi buena amiga Bella.

—También haría algo por Bella si pudiera… —murmuró Gina con preocupación.

Lidia le dio unas palmaditas en el brazo y agregó:

—Tal vez se nos ocurra alguna idea, ya sabes, dos cabezas piensan más que una.

Gina se rio y asintió con la cabeza.

Lady Georgina no podía creer lo que veía. Lucían se estaba bajando de su caballo. ¿Qué demonios hacía él en la casa de la condesa? Levantándose el ruedo del vestido, empezó a correr en dirección hacia donde estaba el conde. Lidia, sin entender nada, trataba de seguirle el paso por detrás.

—¿Qué cree que está haciendo aquí, lord Sheffield? —gruñó, a la vez que recuperaba el aliento.

Él le entregó la rienda de su caballo a un lacayo para que lo llevara hasta el establo.

—La condesa me ha invitado a pasar el fin de semana en su casa solariega —contestó, quitándose los guantes de cuero.

Gina puso los brazos en jarra y entornó los ojos.

—Hasta ayer usted no había recibido ninguna invitación, milord.

—Recibí la invitación cuando fui a su casa a visitarla.

Ella se acercó lo suficiente al conde para que solo él pudiera escucharla.

—Entre usted y yo ya no existe más trato, milord —le hizo saber con un destello de desafío en los ojos—. Así que le sugiero que mantenga su distancia.

Lucían la miró con una chispa traviesa en su mirada.

—Oh, cariño, la distancia entre nosotros siempre ha sido tentadoramente corta.

Gina apretó los labios, conteniendo su irritación. ¡Su ambigüedad la enloquecía! Por momentos, la trataba con frialdad y por otros, aplicaba sus tácticas de sinvergüenza. Él era un seductor innato.

—Más le vale que se cuide de provocarme, milord, porque ya no responderé con la misma cortesía —le advirtió.

Lucían inclinó la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios.

—Ah, Gina, siempre tan temperamental, sabía que la dama dócil desaparecería en cualquier momento. Pero no te preocupes, estoy más que dispuesto a cuidar de ti en todos los sentidos posibles. A eso he venido y es lo que haré.

—Mejor cuide a la viuda de su…

Antes de que Gina pudiera terminar, Lidia se acercó, interrumpiendo su intercambio cargado de tensión.

—¿Se encuentra todo bien, lady Georgiana? —preguntó Lidia.

Ella asintió con la cabeza y tomó una distancia prudente del conde.

—¿Planea quedarse todo el fin de semana, lord Sheffield? —preguntó Gina.

Lucían estudió su entorno por un momento antes de responder:

—Regresaré a Londres esta noche.

Justo entonces, el caballero de la lagartija irrumpió en la escena.

—¡Lady Georgiana! —exclamó, dirigiéndose hacia ellos—. La he estado buscando, milady. Lady Eleonor me ha dicho dónde podía hallarla.

Lidia se adelantó, extendiendo un brazo para detener al conde de Lancostter.

—Lord Lancostter, será mejor que deje sus tonterías y no moleste a mi buena amiga, lady Georgiana —advirtió con firmeza.

El conde Lancostter levantó una ceja con aire juguetón.

—Había olvidado lo malhumorada que era, lady Lidia.

Lidia apretó los puños a los costados del cuerpo, claramente molesta.

—No soy ninguna malhumorada, milord —respondió con indignación.

—¿Acaso esta no es su quinta temporada, lady Lidia?

—Sí, ¿y qué tiene que ver eso? —inquirió ella, desafiante.

—Tal vez esa sea la razón por la que usted todavía no ha conseguido un marido —replicó él con las cejas levantadas.

Gina sujetó a Lidia del brazo para evitar que se arrojara encima de lord Lancostter.

—Eso no ha sido nada amable, milord —intercedió Gina, con tono serio.

—No quise ofenderla, lady Lidia, solo estaba bromeando —se disculpó el conde—. Como en los viejos tiempos.

—Sus bromas nunca han sido divertidas, lord Lancostter —refutó Lidia, con el ceño fruncido.

Él se llevó una mano al pecho de manera teatral, como si ella le hubiera dado una apuñalada.

—Eso ha dolido, lady Lidia —se mofó.

—¿Puedo saber la razón por la que buscaba a lady Georgiana, lord Lancostter? —intervino Lucían en un tono poco amable, con una leve tensión en su voz.

Por un segundo, Gina se olvidó de que Lucían se hallaba a sus espaldas. Se volteó hacia él y le lanzó una mirada que decía claramente «no te metas en mis asuntos».

—Quería disculparme por la broma que… —comenzó a explicarse el conde.

—No se preocupe, lord Lancostter, está disculpado —se apresuró en decir Gina, evitando que continuara.

—Parece que a usted le gusta hacer muchas bromas, milord —comentó Lucían, apretando la mandíbula.

—¿Qué ha pasado con la lagartija? —preguntó Gina, cambiando de tema para aliviar la tirantez del conde de Sheffield.

—Ha regresado a su hábitat —respondió—. Espero no haberla asustado mucho, milady.

—Mis hermanos menores me han hecho bromas peores.

—Yo no he tenido hermanos menores, pero he tenido un vecino que actuaba como uno de ellos —expuso Lidia—. Enterraba mis muñecas en mi jardín.

—¿Todavía no se ha dado cuenta por qué lo hacía, milady? —preguntó el lord, inclinándose hacia ella con una mano en el abdomen —. Buscaba llamar su atención, mi querida vecina.

—Vaya forma que tenía para llamar mi atención, milord —se quejó Lidia.

—La inmadurez de la edad.

—Parece que eso no ha cambiado mucho, milord —replicó Lidia.

Lord Lancostter achicó los ojos, luego volcó su atención sobre

Gina.

—Espero que mi broma no impida bailar con usted esta noche, lady Georgiana.

El conde había sido incluido en la lista de Malcolm y era uno de los caballeros de los que podía acercarse. Además, había algo en él que le agradaba. Ella le dijo que guardaría un lugar en su carnet para él. Lord Lancostter se lo agradeció y se retiró.

—Debería ser más precavida con quien se relaciona lady Georgiana —comentó Lucían, con un humor de perros.

El conde era la persona menos indicada para darle consejos. Él le había abierto la puerta de su casa a una mujer que lo había dejado por su hermano.

—Lord Lancostter fue incluido en la lista de Malcolm, y para mí eso es más que suficiente.

En ese momento, tanto Lidia como el conde intercambiaron una mirada de fastidio.

—Si me disculpan, iré a saludar a la condesa —murmuró Lucían con una sonrisa forzada—. Tal vez le pregunte si tiene otra habitación disponible para hospedarme todo el fin de semana.

—¿Pero no tenía planes de regresar a Londres esta noche, milord? —inquirió lady Georgiana.

—He cambiado de parecer — contestó Lucían con una mirada traviesa antes de alejarse.

CAPÍTULO 12

LUCÍAN ingresó al salón de baile de la condesa. Había ido a Hertforshire con la única intención de asegurarse de que Gina estuviera bien. No había planeado quedarse todo el fin de semana en la casa solariega de la condesa, pero cambió de opinión al ver que la obstinada seguía adelante con el plan de su hermano de seguir la lista de pretendientes. A esas alturas, pensaba que Malcolm había perdido el juicio por haber hecho esa lista. Por suerte, estaba él para proteger a esa criatura. Ajustó la solapa de su levita y se abrió paso entre la multitud para acercarse al capitán Hawkins, quien observaba a su esposa con devoción desde lejos.

—La condesa ha invitado a casi todo Londres —comentó él cuando se acercó.

—Lord Sheffield —murmuró el capitán Hawkins—. Que sorpresa verlo aquí, no esperaba encontrarlo.

—Por nada del mundo me perdería la caza de perdices.

Lo que menos le importaban eran las perdices. Pero no podía decirle al capitán Hawkins que su verdadero interés estaba en la joven que se hospedaba en su casa. Estaba decidido a protegerla de cualquier maleante malintencionado que quisiera aprovecharse de ella por su dinero. De repente, el salón se iluminó cuando Gina ingresó acompañada de lady Lidia. Sintió el poder de su sonrisa incluso desde el otro extremo de la habitación. Frunció el ceño al ver que lord Lancostter se le acercaba rápidamente, como un lobo hambriento. El conde había llegado a Inglaterra hacía poco tiempo y sabía muy poco sobre él, lo que lo convertía en un peligro potencial para Gina.

—¿Se encuentra bien, lord Sheffield? —preguntó el capitán.

Lucían se inclinó hacia el capitán y dijo:

—¿Qué sabe usted sobre lord Lancostter?

El capitán apoyó un codo sobre la repisa de la chimenea y miró en dirección al lord.

—No mucho —contestó—. Solo sé que ha llegado a Inglaterra hace poco tiempo.

—Deberían tener cuidado con lord Lancostter —murmuró el vizconde Rustey tras escuchar su conversación—. Él es un estafador.

El conde de Sheffield encendió todas sus alarmas.

—¿Ah, sí?

—Ha estado viajando de país en país debido a sus estafas —afirmó el vizconde—. No me extrañaría que un día de estos apareciera muerto.

Lucían tampoco sabía muchas cosas de lord Rustey. Lo que sí sabía era que él era un dandi en ascenso entre las damas. El vizconde ganaba más por su actitud arrogante que por su físico. Era de estatura promedio, delgado, con cabello cobrizo y unos ojos celestes saltones que sobresalían de su cuenca.

—Si eso es cierto, lady Georgiana, debería alejarse de él —comentó Lucían.

—Ninguna dama decente debería estar cerca de ese estafador —agregó el vizconde.

—Moveré mis contactos para que investiguen a lord Lancostter —musitó el capitán Hawkins.

—Me es vergonzoso admitirlo, pero si he venido a la velada de la condesa, ha sido porque hace meses que estoy tras los pasos del conde de Lancostter —explicó el vizconde—. Ha robado las joyas de mi familia, engañó a mi inocente abuela para que le entregara sus pertenencias más valiosas.

Lucían apretó los puños con furia.

—No permitiré que ese cazafortunas se acerque a Gin… a lady Georgiana —se corrigió.

—Si aprecia a esa joven, sería lo más prudente que podría hacer, milord —añadió el vizconde.

—Moveré mis contactos ahora mismo —dijo el capitán—. Si me disculpan, debo lidiar con una sanguijuela —añadió antes de alejarse.

—Espero que el capitán consiga que ahorquen al malnacido —farfulló el vizconde.

—Si se lo merece, que así sea —asintió Lucían—. Iré a rescatar a una dama de ese bastardo.

Una dama menos cabezota entendería que debería alejarse de lord Lancostter. Pero Gina era la reina de las cabezotas.

—El conde es un estafador —declaró Lucían con franqueza cuando lord Lancostter se retiró a buscar un refresco.

—¿Está seguro? No parece ser un estafador —respondió Gina con escepticismo.

—Por supuesto que no lo parece. Los estafadores son expertos en ocultar sus verdaderas intenciones, por eso son tan peligrosos —replicó Lucían.

Gina le lanzó una mirada fulminante con sus preciosos ojos verdes.

—Puedo cuidarme perfectamente sola, milord.

—No dudo de eso —y él lo decía en serio. Ella seguía sus propias normas y establecía sus pautas—. Pero si un canalla decide jugar contigo, no dudes ni por un segundo que yo estaré allí para detenerlo.

Gina alzó el mentón desafiante. Un gesto que lo enterneció, quiso arroparla entre su pecho y besarla hasta que entrara en razón.

—Debería preocuparse más por usted mismo que por mí, milord.

—¿Qué intenta decir con eso?

—Es usted quien le abrió la puerta de su casa a la viuda de su hermano después de todo el daño que le ha hecho.

—Eso es diferente —se defendió Lucían, con un gesto de desdén.

Si él había permitido que Lana regresara a su vida había sido por su sobrino.

—¿Ah, sí? Pues para mí no lo es —ella echó una ojeada a su alrededor y añadió—: Y le voy a implorar que se aparte, milord, porque lo único que está consiguiendo es alejar a mis pretendientes.

Sintió un pinchazo en el estómago al imaginarla en los brazos de otros hombres.

—¿Desea bailar la próxima pieza, milady? —preguntó él, ofreciéndole un mano.

Gina lo miró como si él hubiese hecho algo inapropiado.

—No bailaré con usted, lord Sheffield.

—¿Por qué no? —inquirió él, fingiendo una ofensa teatral.

—No bailaré con una persona que lo único que hace es regañarme —contestó molesta—. Ni siquiera me ha mirado para decirme que mi vestido es bonito.

A él no le alcanzaría la noche si tuviera que empezar a describir como ella lucía.

—Su vestido es... bastante bonito, milady —dijo con una pizca de burla.

Ella soltó un resoplido. ¿Y ahora qué cosa había hecho mal?

—He traído su limonada, milady —anunció lord Lancostter al regresar.

Lady Georgiana le agradeció y dio un sorbo a su limonada. Luego, le pasó el vaso a Lucían, pidiéndole que lo sostuviera mientras

ella se dirigía a bailar la próxima pieza con el conde de Lancostter. Él sujetó el vaso con fuerza y la limonada comenzó a desbordarse sobre su mano.

CAPÍTULO 13

LADY GEORGIANA ingresó al establo protestando porque su doncella la había obligado a ponerse cintas en el cabello. No veía sentido en arreglarse como si fuera a un gran evento cuando solo iba a una actividad de caza, pero luego Maisy le recordó que estaba en esa finca buscando un esposo. Acomodó las cintas en su pelo y resopló. Buscó con la mirada al mozo de cuadra para que preparara un caballo, pero en su lugar, apareció el mismísimo demonio.

—Lord Sheffield… —murmuró en un tono formal y distante.

Lucían guío a su caballo, sujetándolo de la rienda.

—¿Lord Sheffield? —repitió, alzando una ceja.

—Lo hacía en Londres, milord.

—Pensé que había sido claro anoche al decirle que no me iré hasta alejar a los cazafortunas que la acechan, milady.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y creí haberle respondido que no necesito que sea mi sombra, milord.

—Luce muy guapa el día de hoy, milady —comentó Lucían mientras acortaba la distancia entre ellos con una sonrisa pícara en los labios.

A Gina se le dibujó una enorme sonrisa en el rostro que luego la borró de inmediato.

—No debería sentirse obligado a hacerme un cumplido por la conversación que estuvimos anoche, milord.

—Si no le hago un cumplido, se enfada porque no se los hago, y si se los hago, se enfada porque se los hago —miró al techo y agregó —: ¿Quién entiende a las mujeres? Son un enigma fascinante.

Gina se cruzó de brazos.

—No me gusta que me mientan.

Él se detuvo delante de ella y la miró fijamente a los ojos.

—Se me puede acusar de muchas cosas, milady, pero no se me puede acusar de que soy un mentiroso.

Gina dio un paso atrás ante la cercanía de Lucían. Su presencia era imponente y magnética. Sentía cómo su pulso empezaba a acelerarse. Apartó la vista de su rostro porque sus ojos eran hipnóticos y ese muro que quería levantar entre ambos se caía en picada. Sus emociones se volvían ingobernables y pedían a gritos que ese mujeriego despiadado, ese hombre de horrible reputación de rompecorazones la besara y la reclamara como suya. Ella se humedeció el labio inferior con la lengua, anhelando que la acariciara como a sus amantes.

—He venido a que me preparen un caballo —musitó indiferente, con las piernas blandas.

—¿Por qué no me miras a la cara Gina?

—Tu más que nadie sabe porque no lo hago —contestó ella, sin dirigirle la vista.

Lucían le sujetó la barbilla con el dedo índice y la obligó a que girara la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—No, no lo sé, Gina —replicó él, inclinando su cabeza hacia ella.

—Porque te odio. Odio que me hayas robado el corazón. Lo quiero de regreso, maldito sinvergüenza…

El conde se aproximó un poco más y sintió cómo su respiración le quemaba la piel. Él le tocó la comisura de los labios con el pulgar con tal suavidad que el pulso de Gina de pronto se aceleró. Aunque pareciera imposible, Lucían se acercó aún más, pretendiendo besarla. La mente de Georgiana gritó para sí que se apartara, que huyera de él, pero se quedó paralizada, incapaz de detenerlo, y todo su cuerpo

deseando que la tocara con sus labios. Sintió un vacío cuando el conde se retiró. Abrió los ojos y se encontró con un Lucían nervioso que la miraba con esos ojos cargados de deseos que solía dirigir a sus amantes.

—Puede quedarse con mi caballo, milady.

¿Su caballo? ¿Qué diantres había pasado?

—Finalmente, la puedo encontrar, lady Georgiana —murmuró Lidia, cuando ingresó al establo acompañada por su hermano, el marqués Marclow—. También me uniré a la caza.

Gina observó de reojo a Lucían antes de regresar con Lidia y comprendió el exabrupto que él había tenido. Se preguntó qué hubiese ocurrido con ellos si no hubiesen sido interrumpidos. Un calor abrasador le recorrió el cuerpo.

—Lady Georgiana —la saludó lord Marclow.

—Marqués… —repuso ella, con una reverencia.

—¿Necesitarán un escolta? —preguntó el hermano de Lidia.

—Cuantas veces debo decirte que podemos cuidarnos nosotras mismas, Henri —dijo lady Lidia, con un toque de impaciencia.

Un lacayo ingresó al establo y empezó a repartir las escopetas para la caza. Gina sujetó una y se la colgó en la espalda, luego miró al marqués y le hizo saber:

—Además, el conde de Lancostter ya nos ha ofrecido su compañía.

—¿El conde de Lancostter? —repitió Lucían, con el rostro transfigurado—. ¿Acaso el capitán Hawkins está al tanto de esto?

Gina parpadeó indignada. Lucían actuaba como si ella fuese de su propiedad. Que ellos hubiesen estado a un paso de besarse, no significaba que él tuviese poder sobre ella. De hecho, eso no volvería a ocurrir, ¿verdad que no? Su búsqueda de marido seguía en pie y Lucían no se lo iba a impedir. El conde siempre había sido muy claro con respecto a lo que pensaba del matrimonio, y finalmente ella lo

había comprendido. Había perdido su corazón, pero no perdería su futuro. Le pidió ayuda al mozo de cuadra para subirse al caballo.

—Su amistad con mi hermano, milord, no le da derecho a entrometerse en mi vida.

De pronto, el conde de Lancostter ingresó apresurado al establo, acomodándose el cabello revuelto. Él se disculpó por el retraso y ayudó a lady Lidia a subirse a su caballo.

—¿Usted también nos acompañará, marqués Marclow? —preguntó el conde de Lancostter.

Lady Lidia le lanzó a su hermano una mirada fulminante y el marqués respondió:

—Confió en su buen juicio, lord Lancostter.

El conde le entregó la rienda del caballo de Lidia a un lacayo y luego se subió al suyo, esperando a un costado para que Gina se adelantara.

—Que tenga una feliz caza, milord —farfulló Gina cuando pasó por el lado de lord Sheffield.

Lucían inclinó la cabeza y esbozó una maliciosa media sonrisa. El sosiego de Lucían hizo que algo dentro de ella se alertara, ¿qué diantres estaba tramando él?

—Usted también, milady. Pero no se preocupe, no tengo intenciones de ser muy caballeroso en la competencia —respondió desafiante.

Gina enderezó los hombros y levantó una arrogante ceja, demostrándole que no permitiría que él la intimidara.

—Que gane el mejor, lord Sheffield —susurró ella con un tono lleno de desafío y coquetería.

CAPÍTULO 14

HABÍA pasado una hora desde que habían salido a la caza de perdices. Se habían separado del grupo cuando Lidia no soportó la idea de matar a un animalito. Gina tampoco estaba de humor para esa actividad. El único animal al que quería disparar tenía dos patas, hablaba y se llamaba Lucían.

—Sabía que no iba a pasar mucho tiempo antes de que apareciera la pequeña Lidia, protectora de los animales —se mofó lord Lancostter.

Lady Lidia arrugó el entrecejo y detuvo su caballo delante de un arroyo para que bebiera un poco de agua.

—Si a usted le gusta manchar sus manos con sangre de inocentes, nadie lo detiene a que se una con ese grupo de cazadores —respondió Lidia malhumorada.

El conde se inclinó hacia delante y acarició el hocico de su caballo.

—Le di mi palabra a su hermano de que cuidaría de ustedes.

Lady Lidia se bajó de su caballo, se acercó al arroyo y humedeció su pañuelo con agua, luego se lo llevó al cuello para refrescarse.

—¿Desde cuándo le importa su palabra? —preguntó, mirando al conde por encima de su hombro.

Gina puso los ojos en blanco. La riña entre Lidia y el conde la había agotado. Si ella no conociera a Lidia, juraría que sus peleas eran una máscara para ocultar la atracción que había entre los dos. Lo peor era que ninguno de los dos daría su brazo a torcer para aceptar lo que sentían el uno por el otro. Definitivamente, ella ya había quitado a lord Lancostter de su lista de candidatos.

—La palabra es lo más valioso que uno tiene, milady —respondió el conde, apretando la mandíbula.

—Ojalá todos los hombres fuesen como usted, milord —intervino Gina.

—Si lo dice por lord Sheffield, tengo la certeza de que él también es un hombre de palabra.

Aunque le costara admitirlo, sabía que él tenía razón. Lucían siempre había dicho que no se casaría, y hasta ese momento había cumplido con su palabra. Gina detuvo el caballo bajo la sombra de un árbol. Extendió un brazo y cortó una hoja, luego la deslizó entre sus dedos.

—Lord Sheffield es un entrometido, él cree que por ser un amigo de la familia tiene todo el derecho de meterse en mi vida —se quejó lady Georgiana.

—Él solo intenta protegerla, miladi —lo defendió el conde—. ¿No es así, lord Sheffield? —añadió en un tono más elevado, mirando hacia los arbustos.

Lady Georgiana quedo con la boca entreabierta cuando Lucían salió de su escondite.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Usted me ha estado siguiendo, milord?

Lucían parecía un niño atrapado en una travesura, con una expresión de culpabilidad pintada en su rostro. Gina estaba tan molesta que lo apuntó con su escopeta.

—Huuooo… —gimió lord Lancostter—. Debería calmarse un poco, milady.

Lord Sheffield se bajó de su caballo de un tirón y empezó a caminar hacia ella.

—Deténgase ahora mismo, milord —advirtió Gina, sosteniendo firmemente su escopeta.

—Baja esa escopeta, Gina —gruñó Lucían.

Ella retrocedió dos pasos y tiró un disparo al cielo. El estruendo hizo que las aves se dispersaran de las copas de los árboles. Pero en lugar de alejar a Lucían, lo atrajo hacia ella aún más rápido, y él le arrebató el arma de las manos.

—¿Qué diantres crees que estás haciendo, Gina?

Gina cerró los puños y lo golpeó en el pecho para apartarlo. El conde tiró la escopeta a un costado y la rodeó con los brazos para inmovilizarla.

—¿Qué estoy haciendo yo? ¿Qué crees que estás haciendo tú, Lucían?

Su cabeza era un caos. Una parte de ella quería que él desapareciera para siempre de su vida, mientras que otra lo deseaba como nunca. El conde hacía cada vez más difícil que pudiera alejarse de él. Apoyó la cabeza contra su pecho y quiso que las cosas entre los dos fuesen diferentes. Sin embargo, ya no podía vivir de ilusiones, no podía seguir esperando a que Lucían algún día se fijara en ella.

—Solo intento cuidarte, cariño —susurró él.

—¿Y quién me cuidará de ti? —respondió Gina con una mezcla de frustración y dolor.

Lidia se aclaró la garganta y dijo:

—Me parece que los disparos han atraído a los cazadores.

De repente, un tropel de caballos se acercó a ellos. Gina arrugó el entrecejo al darse cuenta de que el grupo de hombres no estaba allí por la caza de perdiz. Entre ellos se encontraba el capitán Hawkins. Se bajó de su caballo y se dirigió directamente hacia el conde de Lancostter, ordenándole que se arrojaran al suelo.

—¿Por qué haría tal cosa? —preguntó el conde sin entender nada.

—¿Qué es lo que está pasando, Henri? —cuestionó Lidia a su hermano al verlo entre el grupo de hombres.

Gina miró a Lucían furiosa.

—¿Tu sabías algo de esto? —quiso saber—. ¿Acaso tienes algo que ver?

—Este caballero está siendo investigado por la corona y debe acompañarnos —respondió el capitán Hawkins. Él la miró y añadió—: Será mejor que regrese con mi esposa, lady Georgiana.

Luego el capitán Hawkins les pidió a sus hombres que se llevaran a lord Lancostter. El conde no puso ningún impedimento, de hecho, parecía divertido con la situación, pero su rostro se transfiguró cuando encontró al vizconde Rustey entre los caballeros que acompañaban al capitán. Los hombres del capitán tuvieron que sostenerlo con más fuerza cuando quiso golpear al vizconde.

—Recibirás lo que te mereces, estafador —murmuró el vizconde —. Tendrás que devolver todas las joyas que le has robado a mi familia.

—Cuando todo esto se aclare, juro que iré por ti, Rustey —rugió lord Lancostter.

—Todos son testigos de las amenazas de este embustero —vociferó el vizconde—. Si aparezco muerto en una zanja, ya saben a quién deben culpar.

—Lord Lancostter puede ser muchas cosas, pero no es un asesino —lo defendió Lidia—. Díselo tú también, Henri, ambos conocemos muy bien al conde.

—Deja que el capitán Hawkins haga su trabajo, Lidia —contestó el marqués Marclow.

Ella miró a Lidia, quien no daba crédito a lo que estaba pasando. Lo poco que había llegado a conocer a lord Lancostter no parecía ser el hombre del que le estaban acusando, pero tampoco podía poner las manos en el fuego por él. Lady Lidia decidió unirse a la caballeriza para acompañar al conde. Aunque tratara de ocultarlo, se notaba su preocupación. El marqués no se opuso a que su hermana fuera con ellos.

—La acompañaré de regreso a la residencia, milady —expresó

Lucían, ofreciéndole su brazo.

Gina declinó su oferta.

—Conozco el camino, milord —dijo, mientras desataba su caballo y se subía en él.

—También me dirijo a la residencia, milady. Puedo escoltarla si así lo desea —añadió el vizconde Rustey con una mirada retadora hacia Lucían.

Ella echó una ojeada rápida a Lucían, notando su ceño fruncido, y luego regresó la vista al vizconde para responder:

—Será un placer, milord.

CAPÍTULO 15

LA DETENCIÓN del conde de Lancostter había sido el tema de conversación en toda Londres durante una semana. El vizconde Rustey había detallado las terribles acciones que había cometido contra su familia. El conde se había aprovechado de una anciana para robarle todas sus joyas. Desde que habían regresado de la casa solariega de la condesa Beckaham, el vizconde había estado cortejando a Gina, y ella había comenzado a abrirse a la posibilidad de conocerlo mejor. Esa tarde, planeaban asistir al museo para ver una exposición de arte.

El vizconde Rustey había demostrado ser un caballero, estaba atento a cada detalle para sacarle una sonrisa. No sabía si algún día podría quererlo, pero disfrutaba de su compañía. Hasta estaba empezando a creer que él podría ser el indicado, el hombre con el que podría casarse. Su hermano Malcolm no lo había incluido en su lista, pero eso era debido a que el vizconde había pasado mucho tiempo en América por negocios. Además, el vizconde había logrado cautivar al capitán Hawkins y a Eleonor, lo que despertaba cierta curiosidad en Gina.

Gina se ajustó las cintas del sombrero debajo de la barbilla, sintiendo un vacío en el estómago. Hacía una semana que no recibía noticias de Lucían. Lady Fiona le había comentado que lo había visto en compañía de la viuda de su hermano. Trató de esforzarse por sonreír. No se podía romper un corazón que ya estaba roto.

Lady Eleonor alzó la taza de té y observó a Gina con una sonrisa cálida.

—Luces preciosa, Gina —comentó, bebiendo un sorbo de té—. El vizconde Rustey quedará cautivado con tu belleza. Mi esposo le ha llegado a tomar cariño, solo habla maravillas de él. De hecho, lo ha invitado a cenar esta noche.

Gina se pellizcó las mejillas para darse un poco de color

mientras se miraba en el espejo, luego se volteó hacia Eleonor.

—El capitán ha tenido una buena idea al invitarlo a cenar.

Eleonor apoyó la taza de té sobre su regazo y agregó con un tono amigable pero cauteloso:

—Sabes que el vizconde Rustey no tiene por qué gustarte solo porque a nosotros nos parezca un buen partido para ti.

—Lo sé…

—La temporada recién comienza y puedes conocer a más caballeros. Pretendientes es lo que no te faltará.

—Lo sé…

Sabía que lo único tentador de ella era su abultada dote. Hasta ese momento, el vizconde era el único que la había tratado con respeto y parecía que no le importada el pasado de su madre. Y esa era una de las razones por las que le estaba dando una oportunidad de conocerlo.

—Deseo que te cases por amor, Gina, igual que lo hicimos mis hermanas y yo.

Era un lujo que no todos podían darse, y Gina lo sabía bien.

—A veces, el amor en un matrimonio aparece con el tiempo —respondió Gina, reflexiva—. O simplemente no aparece, como fue el caso de mis padres.

—Cuando amas a alguien, lo sabes en el primer momento en que lo ves. Todo tu interior se alborota y deseas estar a su lado todo el tiempo. Solo piensas en esa persona y quieres cuidarlo, protegerlo… —Eleonor hizo una pausa y sonrió—. Lo siento, no quiero abrumarte, pero lo entenderás cuando te enamores.

Eleonor estaba tan enamorada de su esposo como su cuñada Emma de su hermano Malcolm. Lo que Eleonor no sabía era que ella entendía a la perfección esos sentimientos.

—Pero a veces el amor no es correspondido.

Eleonor la miró con cautela.

—¿Tú ya te has enamorado, Gina?

—Eso no importa —contestó en un tono entristecido—. Sé que el amor no está hecho para todos.

El mayordomo irrumpió en la sala con una reverencia, anunciando la llegada de lord Rustey. El vizconde ingresó con elegancia, llevando consigo un par de ramos de flores, uno para Gina y oro para Eleonor.

—Son hermosas, lord Rustey, no debió molestarse —agradeció Eleonor.

—Me encanta consentir a dos bellas damas —respondió él con un gesto caballeroso, extendiendo los ramos hacia ellas.

Gina aceptó las flores y olió su fragancia. Observó al vizconde con atención mientras se expresaba con cortesía. Reconoció que había sido un gesto encantador de su parte. Sin embargo, a pesar de su amabilidad, no podía evitar preguntarse por qué no podía sentir lo mismo que sentía por Lucían. ¿Por qué siempre debía comparar a cada persona con él?

El museo había abierto una sala especial para exponer las pinturas de los artistas del momento. El vizconde había hecho que rodeara su codo con su brazo mientras recorrían la sala. Al principio, Gina había sentido esa acción como algo invasiva, pero luego se dio cuenta de que él lo había hecho para marcar su territorio frente a los otros caballeros presentes en la exposición. Era la primera vez que sentía que no se avergonzaban de ella. Se detuvieron frente a un cuadro para estudiarlo detenidamente.

—La pintura es realmente hermosa —comentó ella.

—Pero no se compara con su belleza, milady.

Sus mejillas se sonrojaron y desvió la mirada hacia el suelo.

—Usted es demasiado halagador, milord —dijo tímidamente.

—Siempre digo la verdad. El hombre que tenga el privilegio de conquistar su corazón y convertirla en su esposa será muy afortunado.

—Mo me conoce lo suficiente para hacer esa afirmación, milord.

—Sé que su belleza es inigualable y, sobre todo, que es la dueña de un corazón puro y noble. Y desearía conocerla aún más.

A veces creía que él exageraba con sus cumplidos y que solo trataba de endulzar sus oídos. O tal vez ella debía mejorar su confianza hacia los hombres. Maisy, su doncella, que los había acompañado como chaperona y que hasta ese momento había mantenido su distancia para que pudieran hablar a solas con el vizconde, se acercó a Gina y le susurró:

—No quiero que se alarme, milady, pero el conde de Sheffield acaba de llegar al museo.

¿Qué no se alarmará? Su corazón había empezado a dar mil volteretas. Miró al vizconde y sonrió, preguntándose por qué lord Rustey no lograba despertar ningún sentimiento en ella.

—¿Está todo bien, milady? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

El vizconde alzó una mano y saludó al duque de Sellestone.

—Debo hablar unas palabras con el duque, ¿no le importa si la dejo a solas por un momento, lady Georgiana?

En realidad, sintió un alivió de que él se alejara por un momento. ¿Acaso eso significaba algo?

—Por supuesto que no me molesta, milord, aquí lo esperaré.

Él le agradeció con una inclinación de cabeza y se retiró para hablar con el duque.

—El conde la ha visto, milady, el conde ya la ha visto… —farfulló su doncella.

Gina se apresuró en regresar la vista hacia la obra que tenía adelante y la miró sin ver nada. Su repentina e inesperada aparición la había puesto tan nerviosa que apenas fue capaz de concentrarse en lo que debía hacer.

Lord Sheffield se detuvo detrás de ella, y podía sentir su respiración en su oreja, lo que aumentaba su incomodidad.

—Parece que la pintura ha capturado toda tu atención, milady —dijo él con una voz profunda.

Ella no le respondió, esperando que su silencio fuera suficiente para mostrar su descontento. Sin embargo, Lord Sheffield continuó hablando, ignorando su indiferencia.

—¿Crees en las casualidades, Gina? El destino nos ha vuelto a unir —comentó él, provocándola—. ¿Disfrutas contemplar estas pinturas tanto como disfrutas lanzarme tus palabras venenosas?

Ella lo miró por encima del hombro, y por un instante quedó cautivada por su magnética presencia.

—¿Eres tan arrogante que piensas que tu presencia aquí puede eclipsar mi disfrute por el arte? Aunque te resulte difícil de aceptarlo, prefiero contemplar una pintura de un cerdo rodando por el lodo que mirarte a ti —respondió, intentando ocultar la atracción que aún sentía hacia él.

Lord Sheffield soltó una risa burlona ante su respuesta.

—Oh, mi pequeña tirana, eres siempre tan encantadora con tus insultos. Hasta este momento no me había dado cuenta de cuánto los extrañaba —se mofó—. Pero dime, ¿has encontrado alguna pintura que capture la belleza de tus ojos como lo hacen tus palabras afiladas?

Gina miró al techo y resopló.

—¿Belleza? ¿En estos lienzos polvorientos? No me hagas reír, Lucían. Prefiero mirar cómo se seca la pintura en una pared húmeda que ser el objeto de tus juegos de seducción. Sí, no soy tan tonta cómo crees, aunque te sea difícil de ver, también soy una mujer —dijo con

firmeza, mostrando su determinación de no caer en sus artimañas de seducción.

—Puedo verlo perfectamente —replicó Lucían, con la voz más dulcificada—. ¿Sabes? A veces pienso que nuestros diálogos son como obras de arte, llenos de drama y pasión, aunque oculten verdades profundas que no podemos sacar a la luz.

Un escalofrío recorrió su cuerpo ante la posibilidad de que Lucían también la deseara. Trató de recobrar la compostura y murmuró:

—No te confundas, Lucían. Nuestros encuentros son más como piezas de comedia, donde tú eres el bufón y yo la audiencia burlona.

Lucían soltó una risa suave y respondió con una chispa de diversión en los ojos:

—Entonces, que continúe la farsa, mi pequeña tirana, que nuestros corazones sigan ocultos tras máscaras de sarcasmos.

—¡Tío Lucían! —gritó un niño que corría por la sala hacia el conde—. ¡Tío Lucían, debes ver este cuadro!

Lord Sheffield hincó una rodilla al suelo para ponerse a la altura del niño.

—Iré en un momento —repuso, desordenándole el cabello al niño. El conde alzó la vista y la miró—. Lady georgiana, quiero presentarle a George, el hijo de mi hermano.

Ella lo saludó con una sonrisa, notando el parecido que el niño tenía con su tío. Sin embargo, su sonrisa desapareció cuando la madre del pequeño también apareció.

—Lo siento, Lucían, le dije a George que no te molestara.

¿Lucían? La viuda de su hermano acababa de tutearlo delante de las personas más chismosas de todo Londres. ¿Acaso su aparición en público era para confirmar su romance? ¡Cáspita! A ella no debía importarle, pero le importaba y cada vez que pensaba que su corazón no podía sentir más dolor, cruzaba otro límite. Una cosa era

imaginarlos juntos, pero era diferente tener que verlos como una familia feliz.

—Lord Rustey la está esperando, milady —intervino su doncella, sujetándola del brazo.

Ella intercambió una mirada de agradecimiento con Maisy por sacarla de esa situación antes de que se hundiera más en su dolor.

—Que disfruten de la exposición —dijo, fingiendo una enorme sonrisa.

CAPÍTULO 16

LADY Georgiana se sentó en el taburete delante del espejo, mientras su doncella le arreglaba el cabello para la cena de esa noche. El capitán Hawkins parecía más emocionado que ella con la visita del vizconde Rustey. Ella se sentía algo nerviosa por lo que podía suceder esa noche. Lord Rustey le había comentado esa tarde en el museo que debía regresar a América pronto y que había viajado a Inglaterra en busca de una esposa. Gina no era ninguna inocente y sabía cuáles eran las intenciones del vizconde.

—¿Qué responderá si el vizconde le propone matrimonio durante la cena, milady? —preguntó Maisy, mientras le abrochaba el collar de perlas en el cuello.

Gina enredó las perlas en su dedo índice y contestó:

—Diré que es muy pronto para dar una respuesta.

—¿Pero él le agrada, milady?

Ella se miró en el espejo y sonrió incómoda.

—Parece ser un buen hombre.

—Si se casa con el vizconde, la extrañaré mucho cuando viaje a América, milady.

De repente, su estómago se revolvió.

—Todavía es demasiado pronto para hablar de compromiso.

—Le aseguro que el vizconde no le quita los ojos de encima cuando están juntos, milady.

—No me he percatado de eso.

—Porque sus ojos le pertenecen a otro caballero —replicó su doncella—. Lord Sheffield se arrepentirá por dejarla ir.

Gina se giró en el taburete y le lanzó a su doncella una mirada

reprobadora.

—Lucían ha dejado de formar parte de mi vida, y preferiría que no lo vuelvas a mencionar.

Solo con oír su nombre, le temblaban las piernas.

—¿Cree que él se casará con la viuda de su hermano? —insistió su doncella con sus preguntas.

Si Lucían se casaba con la viuda de su hermano, prefería estar en américa cuando lo hiciera. Agradeció que las interrumpieran cuando golpearon la puerta.

—¿Lidia? —murmuró Gina cuando su doncella abrió la puerta —. No esperaba verte esta noche.

Lady Lidia ingresó a la alcoba, se acercó de una zancada y sujetó sus manos entre las suyas.

—He venido a buscar tu ayuda.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito que intercedas con el capitán Hawkins —dijo—. El conde de Lancostter será sentenciado a la horca por las falsas acusaciones del vizconde Rustey.

—El capitán Hawkins confía ciegamente en el vizconde —le hizo saber Gina.

—¡El lord es un embustero! —exclamó Lidia.

—El vizconde le pedirá matrimonio a lady Georgiana esta noche —intervino Maisy, asustadiza.

Lady Lidia abrió grande sus ojos.

—¿Eso es cierto?

—Lord Rustey me ha estado cortejando —afirmó Gina—. Y me ha parecido un hombre honesto.

Lady Lidia se alejó de ella y se llevó una mano a la frente mientras caminaba en círculos por la habitación.

—Debes alejarte de él, Gina —exclamó—. Al vizconde solo le interesa tu dinero.

Gina echó la cabeza hacia atrás y parpadeó.

—¿Quieres decir que lord Rustey no pudo haberse enamorado de mí?

Lidia puso los brazos en jarra y resopló.

—El vizconde solo está enamorado de sí mismo.

—¿Puedo saber qué está pasando? —preguntó Eleonor al ingresar a la alcoba.

Lady Georgiana se levantó furiosa del taburete.

—Parece que mi dote es la única cualidad que mis pretendientes ven en mí.

—Yo no he dicho eso, Gina —replicó lady Lidia.

—Pero lo has insinuado.

—No sé qué está pasando entre ustedes dos, pero venía a avisarles que todos mis invitados han llegado y las espero en la sala —murmuró lady Eleonor. Dirigió la vista hacia Gina y agregó—: ¿Podrías cortar algunas rosas del jardín para poner flores frescas en la mesa?

Gina asintió con la cabeza. Necesitaba despejarse y tomar un poco de aire fresco. Salió molesta de la habitación. No podía creer que Lidia le pidiera que se alejara del único caballero que parecía ser sincero en sus tratos. Sin embargo, había logrado instalar la duda en su mente.

Para su sorpresa, ella no era la única que se hallaba en el exuberante jardín de lady Eleonor. Se detuvo en seco al ver a Lucían bajo la luz de la luna. Él se volteó al sentir su presencia, y ambos se observaron en silencio por un instante, como si el tiempo se detuviera

en su encuentro nocturno.

—Gina —murmuró el conde—. Te ves… luces… pareces un ángel.

El corazón le dio un vuelco, pero luego recordó que debía mantener su distancia de Lucían.

—Ye le he dicho que no debe sentirse obligado a darme cumplidos, milord.

Lucían se llevó las manos a la espalda y curvó una de las comisuras de sus labios hacia arriba.

—¿Podríamos hacer una tregua solo por esta noche? —le propuso.

Ella enderezó los hombros y se acercó a los rosales, desviando la mirada hacia las flores para no verse tentada por la cercanía de Lucían.

—Lady Eleonor me ha enviado a buscar rosas —repuso en un tono indiferente.

—¿Ah, sí? Ella también me ha pedido la misma tarea —añadió el conde, enseñándole las rosas que ya había cortado, una pequeña sonrisa jugueteó en sus labios.

Los dos se miraron en silencio por unos segundos, una tensión palpable flotaba en el aire entre ellos. ¿Era posible que Eleonor lo hubiera hecho adrede? Sacudió la cabeza para apartar esa idea de la cabeza.

—¿Puedo hacerle una pregunta, milady? —expresó él.

Ella soltó un pequeño grito cuando se pinchó el pulgar con una espina. Lucían dejó las rosas que había cortado sobre el banco de piedra y se acercó de un tirón hacia Gina. Le tomó la mano entre las suyas con preocupación y observó el puntito rojo que empezaba a expandirse por el dedo.

—No ha sido nada —repuso ella.

El conde cogió el pañuelo blanco del bolsillo de su levita y le envolvió el dedo con cuidado.

—¿Se casará con el vizconde Rustey? —fue directo al punto.

Su pregunta la había tomado desprevenida. Alzó la vista y observó el reflejo de la luna en sus ojos.

—Tal vez…

—Oí que el vizconde regresará a América una vez que se haya casado —continuó el conde, sin rodeos.

—Sí, eso ha dicho —confirmó ella, consciente de la realidad de la situación.

—Y si tú te conviertes en su esposa, también lo harás.

—Solo si me convierto en la vizcondesa Rustey —afirmó.

Lucían le quitó el pañuelo del dedo con delicadeza, luego llevó el pulgar a la boca y le besó la herida con ternura. La calidez de su beso había sido tan íntimo y excitante que su cuerpo se acercó más a él de manera instintiva, manejando su propio lenguaje.

—Gina, cariño, debes tener cuidado con el vizconde. No me fío de él, algo me dice que no es lo que aparenta ser.

Lady Lidia también le había dicho lo mismo. ¿Acaso ella estaba tan desesperada en quitarse a Lucían de su cabeza que no podía ver la verdadera cara de lord Rustey? Pero de algo sí estaba segura, no dejaría que el conde interfiriera en su vida.

—¿Acaso desconfiarla de cada pretendiente que se me acerque, milord?

—No quiero que te lastimen, Gina.

La única persona que la había lastimado hasta ese momento había sido él.

—En vez de preocuparse por, mi milord, debería preocuparse un poco más por usted —gruñó—. Bien se dice que el hombre es el único animal que puede tropezarse con la misma piedra dos veces.

Lord Sheffield entornó los párpados.

—Entre Lana y yo no hay nada —aclaró.

Gina se cruzó de brazos y levantó una ceja con altivez.

—Entonces debería aclarárselo a la viuda de su hermano —interrumpió—. Ella lo mira como si…

—¿Acaso está celosa, mi pequeña Tirana? —cuestionó él en un tono socarrón.

Ella revoleó los ojos.

—No conseguirá que me enfade, milord. No esta noche. Una noche en la que probablemente me pidan matrimonio —replicó Gina, dándole la espalda para dirigirse a la casa.

El conde la siguió por detrás y la sujetó del brazo para detenerla, luego la volteó hacia él.

—¿De verdad te irías a América?

Ella no pudo responder. Se había perdido en la profundidad de sus ojos verdes. La tensión entre ellos era palpable; sus miradas se encontraban y sus corazones latían al unísono. Sin poder resistirse más, el conde tomó suavemente el rostro de lady Georgiana entre sus manos y la atrajo hacia él con delicadeza. Una oleada de calor se despertó en partes de su cuerpo que nunca antes lo habían hecho.

—No puedes irte a América, Gina —le rogó con la voz ronca.

Sus labios se encontraron en un beso impulsivo, cargado de deseo y anhelo acumulado. El beso había sido intenso y profundo, como si estuvieran tratando de expresar con sus labios todo lo que no podían decir con palabras. Se fundieron en un abrazo apasionado, perdiéndose en el momento y olvidando todo lo demás a su alrededor. Lucían deslizó sus manos por su espalda, bajando hasta sus muslos, los apretó y luego la atrajo contra sus caderas. Una ráfaga de placer la envolvió y un gemido salió de su boca.

—No te vayas a América, cariño —repitió, mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

Gina se perdió en sus caricias. Lo sujetó de su chaqueta con fuerzas y lo apretó más contra ella. Y su mente repetía sin cesar: «Él la deseaba».

De pronto, se oyó el crujir de unas ramas. Inmediatamente, se apartaron el uno del otro con la respiración entrecortada. Cam Marclow apareció entre los arbustos del jardín de lady Eleonor.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Cam? —gruñó Lucían, luchando para recuperar el aliento.

—Lady Eleonor me envío a buscar rosas del jardín —se pasó una mano por la boca y agregó—: Yo no he visto nada —se apresuró a decir lord Marclow.

—Por supuesto que no has visto nada, Cam —replicó el conde, visiblemente molesto.

—Volveré con lady Eleonor —dijo Gina. Miró de reojo a Lucían y siguió—: ¿Podría encargarse de las rosas, lord Sheffield?

Gina se dirigió hacia la residencia cuando el conde afirmó que se ocuparía de las rosas. Sus mejillas ardían de vergüenza. ¡Qué locura había hecho! Se llevó una mano a sus labios, aún podía sentir el sabor de Lucían. Sabía que Cam Marclow no abriría su boca, pero se preguntó qué habría pasado si otra persona los hubiera visto. Abrió grande los ojos. ¡Se habrían visto obligados a casarse!

«Si Malcolm se entera de que has besado a su hermana, eres hombre muerto Lucían», escuchó que le decía Cam a Lucían.

«Lo sé… No sé qué me ha pasado», respondió el conde.

CAPÍTULO 17

DEPUÉS de encontrarse con Gina en el museo esa tarde, Lucían no tardó en hacer averiguaciones acerca del vizconde Rustey. Conocía muy poco sobre él desde su llegada a Inglaterra. Una parte de él sentía que lady Georgiana corría peligro estando cerca de Lord Rustey. Al principio, había creído que eran sus celos los que hablaban, pero sus sospechas se confirmaron cuando Cam Marclow le reveló los verdaderos motivos por los que el vizconde había regresado a Inglaterra.

El vizconde Rustey estaba endeudado por el juego y al borde de perder su empresa de algodón en América. Por eso necesitaba casarse con una mujer con una cuantiosa dote. ¿Cómo podía explicarle a una joven que el único hombre de Inglaterra que sentía algo por ella era un canalla degenerado que iba detrás de su dinero?

Lucían no había planeado besar a Gina en el jardín, pero no se arrepentía de haberlo hecho. De igual modo, no podía volverlo a repetir. La razón por la que ella había ido a Londres, el conde no se lo podía ofrecer. Él no podía tomarla como esposa, aunque su corazón la reclamara como suya. Lady GeorgianaMerecía algo mejor y él iba a ayudarla a conseguirlo.

La cena en la mansión de lady Eleonor transcurría en medio de una atmósfera cálida y amena. Sus invitados conversaban animadamente mientras saboreaban los exquisitos platos servidos por los sirvientes. Lucían decidió aprovechar la ocasión para poner a prueba al vizconde Rustey y sacar a la luz algunos de sus secretos, dejando que Gina sacara sus propias conclusiones.

—Por cierto, lord Rustey —murmuró Lucían—, he oído que tiene una colección de pinturas muy valiosas. ¿Es cierto eso?

El vizconde hizo una seña con la mano a uno de los sirvientes para que le sirviera más vino en la copa y respondió:

—Oh, sí, es cierto —respondió, inflando el pecho como si fuera un caballero importante—. Soy un apasionado del arte y he tenido la suerte de adquirir algunas obras maestras a lo largo de los años.

—¿Y podría decirnos cuál es su pintura favorita de su colección? —replicó el conde.

—Bueno, en realidad, no tengo un favorito en particular —contestó—. Todas las obras tienen un valor sentimental para mí.

—Vaya, eso es curioso —repuso Lucían, alzando una ceja—. Normalmente, los amantes del arte tienen un cuadro en específico que los cautiva. Me resulta extraño que usted no lo tenga, lord Rustey.

—Lucían, no seas tan duro con el vizconde —intervino lady Eleonor—. Cada persona tiene sus preferencias, ¿no es así lord Rustey?

—Exactamente, milady. No todos los amantes del arte tienen que tener un favorito —se aclaró la garganta y continuó—: Sería como si a una madre le dieran a elegir cuál de todos sus hijos es el preferido.

—Se nota cuanto usted ama el arte, milord —añadió lady Georgiana—. Así me lo hizo saber en nuestro último paseo por el museo —comentó la última frase con los ojos puestos en Lucían.

Lucían no sabía si ella lo decía en serio o solo lo hacía para provocarlo. Y si solo intentaba provocarlo, había logrado que su afán de desenmascarar al vizconde fuera aún mayor.

—Claro, claro. Nada más me ha parecido curioso, eso es todo —se retractó el conde con la intención de ir más despacio.

—Puede contarnos, lord Rustey, cómo es la vida en América —indagó lady Lidia, mientras apoyaba los codos groseramente sobre la mesa.

Lucían tuvo la sensación de que lady Lidia se había convertido en su aliada en el fin de desenmascarar al vizconde.

—No moleste a lord Rustey con tus preguntas, Lidia —regañó Cam Marclow a su hermana, quien había notado sus verdaderas

intenciones.

—¿Por qué no? Siempre he sentido algo de curiosidad por esas tierras.

—Será un placer responderle a su hermana esa pregunta, milord —intercedió el vizconde, haciendo uso de su encanto—. La vida en América es emocionante, milady, y está llena de oportunidades comerciales. Pero, por supuesto, siempre es bueno volver a la encantadora Inglaterra.

Lucían sintió que era una buena oportunidad para regresar a la carga y dijo:

—¿Acaso tienes algún negocio allí, milord?

—Oh, sí, sí, tengo algunos negocios allí, me dedico al comercio del algodón.

Lucían, sin dejar de sonreír, continuó con su interrogatorio:

—Imagino que debe extrañar algunos aspectos de su vida en América, lord Rustey. ¿Quizás hay algo o alguien que lo haga considerar quedarse allí permanentemente? —inquirió Lucían, observando con atención la reacción del vizconde.

Por un segundo, el vizconde se vio sorprendido por la pregunta directa. Frunció el ceño ligeramente, desestabilizado, sin saber cómo interpretar las palabras del conde.

—Como he dicho antes, Inglaterra siempre será mi hogar, aunque admito que hay ciertos atractivos en América —dijo, dirigiendo una mirada significativa hacia Gina—: Pero mi verdadero interés se encuentra en lady Georgiana. Desde que he llegado a Londres he descubierto a una mujer excepcional.

Las yemas de los dedos de Lucían se pusieron blancas cuando apretó los cubiertos con fuerzas. Sus indirectas estaban jugando en su contra.

—Y estaría dispuesto a llevarla conmigo a América si ella decidiera convertirse en mi esposa —concluyó lord Rustey.

Lady Georgiana empezó a toser luego de atragantarse con unas migas de pan.

—No pretendo incomodarla, milady —se apresuró en decir el vizconde—. Solo pretendo ser claro cuáles son mis intenciones con usted.

—Debe entender que no es una decisión que se pueda tomar a la ligera, milord —murmuró Gina, con las mejillas sonrojadas.

Hubo un silencio incómodo.

—¡Ah, la vida en América! Supongo que debe ser emocionante, lord Rustey. ¿Tiene alguna anécdota interesante que compartir con nosotros? —intervino el Capitán Hawkins, con la intensión de romper con la tensión que había en el aire.

Lord Rustey bebió un sorbo de vino antes de responder con una sonrisa diplomática, consciente de que estaba siendo el centro de atención en la mesa.

—Tengo algunas historias que podrían entretenerlos, pero creo que sería más interesante escuchar las experiencias de otros.

La cena continuó con conversaciones más animadas, pero Lucían y el vizconde Rustey mantuvieron su duelo de palabras a lo largo de la velada. A pesar de las indirectas y los comentarios astutos, el conde decidió no revelar completamente sus cartas. Gina lucía tan enfadada con él que creía que era capaz de mudarse a América solo para herirlo.

CAPÍTULO 18

EL BAILE en la residencia de la marquesa Marclow estaba en su apogeo, con invitados elegantemente vestidos llenando los salones con risas. El baile de la marquesa era el más esperado de toda la temporada. Pero la mente de lady Georgiana estaba completamente ocupada por el recuerdo del beso que se había dado con Lucían hacia dos noches atrás en los jardines de lady Eleonor. Cada vez se le hacía más difícil sacarlo de su cabeza.

Lady Fiona, que lucía radiante con su vestido negro, le pidió a lady Georgiana que la acompañara al balcón para que pudieran hablar más tranquila sin el bullicio de los murmullos y la música.

—¿Pasa algo? —preguntó Gina, al salir al balcón con lady Fiona.

—He escuchado que te casaras con lord Rustey y te mudarás a América. ¿Es cierto?

Gina inclinó la cabeza hacia atrás. El comentario de Lady Fiona hizo que la posibilidad de convertirse en la próxima vizcondesa Rustey pareciera más real, y sintió un nudo en el estómago. ¿Acaso eso significaba alguna cosa?

—Eh, todavía no estoy segura… —respondió con cierta vacilación.

Fiona tomó las manos enguantas de Gina entre las suyas y dijo:

—Si te mudas a América, debo pedirte algo muy importante.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte.

—Debes llevarte contigo a Anabella —dijo—. No puede quedarse en Inglaterra. La única forma de protegerla de Lord Borbury es que se suba a un barco y se aleje lo más posible.

—¿No crees que irse a unas tierras desconocidas sea peor para

ella?

—¿Peor que lord Borbury? Lo dudo.

—Debe haber otra salida…

Lady Fiona se cruzó de brazos y resopló.

—La única otra solución sería que Lord Borbury dejara de respirar.

Gina intentó calmarla, guiándola hacia uno de los bancos de piedra para que se sentara.

—Iré por unas limonadas, y luego pensaremos en una manera de salvar a Bella.

Fiona estuvo de acuerdo. Gina ingresó al salón y se dirigió hacia la mesa de los refrescos. Mientras servía limonada en los vasos, observó de reojo al conde de Sheffield. Lo siguió con la mirada y lo vio avanzar con determinación hacia donde se encontraba el vizconde Rustey, con una expresión seria en el rostro. Un presentimiento la invadió, indicándole que algo no estaba bien. Dejó los vasos sobre la mesa y decidió seguir a Lucían. Intrigada, se acercó lo suficiente para poder escuchar la conversación sin ser vista.

—Lord Rustey, creo que es hora de que aclaremos ciertos asuntos —comenzó diciendo el conde, con un tono firme y decidido.

El vizconde Rustey frunció el ceño, claramente sorprendido por la confrontación.

—¿A qué se refiere, lord Sheffield?

El conde no se anduvo con rodeos y contestó:

—He descubierto la verdad sobre su pasado. Sé quién es realmente y qué es lo que oculta.

El vizconde Rustey pareció desconcertado por las palabras del conde, pero pronto adoptó una actitud desafiante.

—No sé de qué está hablando, milord. No tengo nada que ocultar.

El conde de Sheffield no se dejó intimidar. Le lanzó al vizconde una mirada asesina que podría dejar sin respiración a cualquiera.

—Conozco tus conexiones con el mundo del contrabando y el juego clandestino, así como tus deudas y tus intentos de seducir a mujeres inocentes para tu propio beneficio. Si quieres conservar tu vida, será mejor que te mantengas alejado de lady Georgiana.

De pronto, las palabras del conde resonaron en el salón de baile, provocando un murmullo entre los invitados que observaban la escena con interés. Lady Georgiana quedó paralizada ante la acusación del conde, incapaz de apartar la mirada de la confrontación que se desarrollaba frente a ella.

El vizconde Rustey, visiblemente perturbado, intentó desviar la atención de la acusación.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo y lady Georgiana? Estamos aquí para disfrutar del baile, no para discutir asuntos desagradables.

El conde de Sheffield se llevó las manos a la cadera y esbozó una sonrisa maliciosa. La seguridad de su gesto hacía que el vizconde pareciera más pequeño.

—El papel de inocente no le sienta nada bien, lord Rustey. Sé que ha estado cortejando a lady Georgiana con intenciones poco honradas.

Ella abrió grande los ojos al escuchar su nombre en medio de la disputa.

—Y ahora, todos aquí presentes deben conocer la verdad sobre quién es usted realmente.

—¿Y qué hay de la madre de lady Georgiana? Todos saben que abandonó a su esposo e hijos por otro hombre, manchando así la reputación de su propia hija. ¿Cómo puedes esperar que alguien tome en serio a lady Georgiana con una madre como esa? —contraatacó lord Rustey, lanzando su golpe más bajo.

El salón quedó en silencio ante la impactante revelación que

todos conocían como un secreto a voces. Lady Georgiana sintió como si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies. Las lágrimas brotaron por sus ojos mientras el peso de la vergüenza y la humillación la abrumaba.

Gina retrocedió un paso, luego otro y otro, hasta que finalmente se encontró con la pared.

Sin poder soportar quedarse un momento más en el baile, lady Georgiana salió corriendo del salón, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Se sintió horriblemente avergonzada y humillada, convencida de que ningún caballero la tomaría en serio debido a la reputación de su madre. Mientras se alejaba de la residencia de la marquesa Marclow, lady Georgiana se prometió a sí misma que nunca más permitiría que el pasado de su madre la definiera. Estaba determinada a demostrar que era más que las acciones de su madre, y que merecía encontrar el amor. Pero ese amor no lo hallaría en Londres.

CAPÍTULO 19

EL AMANECER pintaba el cielo con tonos dorados y rosados cuando el conde de Sheffield llegó al lugar pactado para el duelo con el vizconde Rustey. Con paso firme y mirada decidida, se encontraba allí para defender el honor de lady Georgiana y enfrentar al hombre que había manchado su reputación con sus palabras venenosas en el baile de la marquesa Marclow.

—Esto es una locura, Lucían —murmuró el marqués Marclow, que lo había llevado como su testigo—. Todavía estás a tiempo de retractarte.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar si el vizconde hubiera humillado a lady Lidia? —dijo, molesto.

—Estoy seguro de que tú te hallarías en mi lugar tratando de detener esta locura —contestó el marqués, aceptando que haría exactamente lo mismo que él.

Mientras esperaba en la tranquila arboleda, el conde notó con creciente impaciencia que el vizconde no aparecía. El tiempo pasaba y no había señales de su oponente. Finalmente, tras una larga espera, un lacayo del vizconde se acercó al conde con una expresión preocupada en el rostro.

—¿Dónde está el vizconde Rustey? —preguntó el conde, en un tono lleno de autoridad.

El lacayo con el rostro pálido, se inclinó respetuosamente hacia él.

—Milord, lamento informarle que lord Rustey ha tomado un barco y ha partido hacia América durante la noche.

El conde de Sheffield apretó los puños con frustración. Había estado dispuesto a enfrentar al vizconde en un duelo para defender el honor de lady Georgiana, pero su oponente había optado por huir en

lugar de enfrentar las consecuencias de sus acciones. ¡No era más que una rata!

—¡Cobarde! —exclamó el conde, furioso—. Huir no borrará tus crímenes, Rustey. Algún día enfrentarás la justicia por tus acciones.

El marqués Marclow apoyó una mano sobre el hombro del conde y trató de tranquilizarlo, asegurándole que lady Georgiana ahora estaba más segura con la partida del vizconde a América.

Pero el daño ya estaba hecho. Con un gesto de desdén, el conde se alejó del lugar del duelo. Debía ingeniar un plan para proteger el honor de lady Georgiana ahora que el vizconde Rustey se había escapado. El conde estaba decidido a asegurarse de que el nombre de lady Georgiana fuera restaurado y que recibiera la justicia que merecía. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para encontrarle un marido adecuado lo antes posible. Que la tierra lo tragara si no cumplía con su misión de restaurar el honor de la mujer que amaba.

Con el corazón apesadumbrado y la cabeza pata para arriba, lady Georgiana se encontraba en su habitación, haciendo las maletas para regresar a Derbyshire. La noticia de que lady Emma, su cuñada, había dado a luz había llegado en el momento oportuno, ofreciéndole un motivo para dejar atrás la agitación de Londres y buscar consuelo con su familia.

—¿Puedo hacer algo por usted, milady? —preguntó su doncella —. No puedo verla tan triste.

Gina se sonó la nariz con un pañuelo.

—Siempre supe que venir a Londres no había sido una buena idea.

—No diga eso, milady, piense en las buenas amistades que ha

hecho.

Por primera vez, su doncella decía algo coherente. Lady Lidia, Lady Fiona y Lady Anabella habían hecho que su estadía en Londres fuera más amena.

—Tienes razón, Maisy —dijo—. ¿Sabes? Un té me vendría bien en estos momentos.

Su doncella asintió con la cabeza y se retiró de la habitación.

Mientras ella doblaba cuidadosamente sus vestidos, los recuerdos de los últimos días la asaltaban con fuerza. La humillación sufrida en el baile de la marquesa Marclow, las palabras hirientes del vizconde Rustey y la desilusión al descubrir que él era otro cazafortunas, todo eso pesaba en su alma. Y lo que más le pesaba era sentirse indiferente para Lucían. Había llegado a comprender que ella solo había sido un juego de seducción para él.

La carta de su hermano Malcolm, recibida apenas unas horas antes, había sido un rayo de esperanza en medio de la oscuridad. La llegada de un nuevo miembro a la familia era motivo de celebración, y lady Georgiana ansiaba estar junto a sus seres queridos en ese momento especial. Ella lo necesitaba. Con cada prenda que colocaba en la maleta, Gina se sentía más decidida a dejar atrás las decepciones y los dolores de Londres.

Después de varias horas, cuando finalmente cerró la última maleta y se preparó para partir, lady Georgiana sentía una mezcla de tristeza por lo que dejaba atrás y alegría por reencontrarse con su familia en Derbyshire. Se despidió de su habitación en Londres y se dispuso a emprender el viaje de regreso a casa.

CAPÍTULO 20

LA AUSENCIA de lady Georgiana de Londres pesaba en el corazón de Lucían como una losa. A medida que pasaban los días, se había dado cuenta de cuánto la extrañaba y de cuánto significaba ella para él. Cada recuerdo de su tiempo juntos se volvía más vívido; cada sonrisa, cada mirada. Le había enviado una carta diciéndole que le deseaba toda la felicidad del mundo y se disculpó por lo que había ocurrido en el baile de la marquesa Marclow, pero ella no le había respondido. Y dudaba que lo hiciera. Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos y resopló.

—No puedes pasar otra noche en tu despacho, Lucían —murmuró lady Lana, la viuda de su hermano, al otro lado de la puerta.

Él señaló la pila de papeles sobre su escritorio.

—Tengo que resolver estas cuentas antes de mañana.

—No podrás llenar el vacío en tu pecho con trabajo, Lucían.

—Alguien debe hacerse cargo de estas cuentas —se excusó el conde.

Lady Lana entró al despacho y se sentó en el sofá que estaba cerca del escritorio.

—Sabes lo que intento decir, Lucían.

Él le echó una mirada rápida a la viuda de su hermano y dijo:

—Debería ir a descansar, lady Sheffield.

—Lo siento —dijo ella, con la voz quebrada.

Lucían se reclinó en la silla y dobló los brazos a la altura del pecho.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que no seas feliz por mi culpa.

—¿Cómo dices?

—Lamento haberte causado tanto daño, Lucían. Nunca fue mi intención lastimarte. Tu hermano y yo nunca quisimos herirte.

—Esa historia quedó en el pasado, no creo que sea necesario traerla de regreso —respondió Lucían, con firmeza.

Lana se levantó abruptamente del sofá.

—¡Claro que es necesario hablar de esa historia! —exclamó—. Nunca lo hemos hecho, y desde que llegué con mi hijo, hemos fingido que nada ha sucedido.

—Solo buscó lo mejor para mi sobrino —le hizo saber él, defendiéndose.

—Amé a tu hermano más que nadie en el mundo —siguió hablando ella—. Y no me arrepiento de haberme casado con él.

—¿Ahora que está todo dicho podemos seguir con nuestras vidas? —preguntó Lucían, intentando zanjar el tema.

Lady Lana puso los ojos en blanco, visiblemente frustrada por la actitud evasiva de Lucían.

—Lucían —dijo Lana con voz suave pero firme—. Lo que intento decir es que si realmente amas a lady Georgiana, no debes permitir que nada ni nadie se interponga en tu camino. Debes luchar por ese amor con todas tus fuerzas, sin importar lo que digan los demás.

Lucían la miró en silencio, reflexivo. Ella continuó, compartiendo su experiencia:

—Cuando me di cuenta de que me había enamorado perdidamente de tu hermano, no dudé en romper mi compromiso contigo —confesó Lana—. Fue una decisión difícil, pero no me arrepiento en lo más mínimo. Y de verdad lamento el dolor que te cause —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De verdad amabas a mi hermano?

—Con toda mi alma —contestó—. Y por todo lo que pasó entre nosotros, me siento en deuda contigo, Lucían. Solo trato de ayudarte.

El conde sacudió la cabeza y dejó escapar una risotada.

—Siempre creí que te casaste con mi hermano por interés.

—El amor es lo más importante en esta vida, y si el marqués, el hermano de lady Georgiana, realmente los quiere y los entiende, comprenderá que ustedes deben estar juntos.

Las palabras de Lana resonaron en su corazón, llenándolo de esperanza. A pesar de las dudas y los temores, se sintió fortalecido por haber aclarado su pasado. Durante todo ese tiempo, se había centrado en la traición que creyó de Lana y nunca se había detenido a considerar que el matrimonio de su hermano había sido por amo. Lucían se levantó de la silla y miró a la viuda de su hermano con gratitud.

—Gracias, Lana —dijo con sinceridad—. También me disculpo por haber sido duro contigo. Pero esta charla la tendremos que continuar otro día, porque ahora mismo debo planificar mi viaje para Derbyshire.

Lana tomó la mano de Lucían y le dio un apretón reconfortante.

—Te deseo todo lo mejor, Lucían —dijo—. Y espero que luches por esa mujer que tiene ojos solo para ti.

—¿Eso crees?

—Solo un tonto no se daría cuenta.

—¿Me acabas de llamar tonto?

Lady Lana sonrió y lo empujó para que fuera armar su equipaje.

El conde se detuvo en la puerta y le agradeció a la viuda de su hermano por ocuparse de su casa. Además, le informó que pronto ella ya no tendría que encargarse de esas tareas, ya que regresaría con la nueva condesa de Sheffield.

Lucían se despidió de Lana y se dispuso a emprender el camino

hacia el reencuentro con lady Georgiana, decidido a luchar por su amor, sin importar los desafíos que se interpusieran en su camino.

CAPÍTULO 21

LADY GEORGIANA disfrutaba de un apacible día en el campo, rodeada por la belleza de la naturaleza y la risa juguetona de sus sobrinos. El sol brillaba en el cielo azul y una suave brisa acariciaba su rostro mientras paseaba por los verdes prados, sintiéndose libre y en paz por primera vez en mucho tiempo. Mientras caminaba entre los árboles y las flores silvestres, lady Georgiana se detuvo un momento para contemplar el paisaje que se extendía ante ella. Por un instante, habían desaparecido las preocupaciones que habían oscurecido su corazón en los últimos días.

De repente, el sonido de un caballo que se acercaba rompió la tranquilidad del momento. Lady Georgiana se giró para ver quién era el visitante inesperado, y su corazón dio un vuelco al reconocer a Lucían montando en su elegante caballo.

—Lucían —murmuró lady Georgiana, sorprendida.

Lucían detuvo su caballo frente a ella y le dirigió una sonrisa cálida y llena de ternura.

—Lady Georgiana —dijo con voz suave—. Luce un vestido precioso el día de hoy, milady. Y es un cumplido sincero —se llevó una mano al pecho y agregó—: Le doy mi palabra de honor.

Las mejillas de lady Georgiana se colorearon ligeramente. ¿Qué demonios estaba haciendo él en Derbyshire? Se sintió atónita, sin saber si odiarlo o amarlo. Había esperado que, al no responder a sus cartas, él entendería que no quería volver a verlo.

—Espero no haber caído en un mal momento, milady —comentó Lucían.

—Estaba disfrutando de un día de campo con mis sobrinos —explicó ella.

Lucían observó a los niños jugando a lo lejos con una sonrisa en

los labios.

—Son encantadores —expresó—. Parecen estar disfrutando mucho.

Lady Georgiana asintió con una sonrisa.

—¿Qué lo trae por aquí, milord? —fue directa al grano.

Lucían se bajó del caballo y se acercó a lady Georgiana con paso seguro.

—He venido a buscarte —dijo con sinceridad— He estado pensando mucho en ti, Georgiana, y me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti. He venido a pedir tu mano.

Ella puso los brazos en jarra.

— ¿Qué pasó con tu juramento de que nunca te casarías?

—Tú, tú fuiste lo que cambió eso —respondió Lucían.

Lady Georgiana se quedó sin palabras, sorprendida por la confesión de Lucían. Su corazón latía con fuerza y su mente daba vueltas tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Quieres pedir mi mano? —repitió, incrédula—. ¡Malcolm te matará!

Él la miró fijamente a los ojos.

—Estar lejos de ti es lo que me está matando, Gina.

—Lucían, yo... —comenzó a decir, pero él la interrumpió suavemente.

—No necesitas decir nada, Georgiana —dijo con dulzura—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, siempre y cuando estés dispuesta a darme una oportunidad.

Lady Georgiana se sintió abrumada por las emociones que la embargaban. Por un lado, sentía miedo y dudas ante la idea de abrir su corazón a Lucían nuevamente, pero por otro lado, una chispa de esperanza y anhelo se encendía en lo más profundo de su ser.

—Lucían, yo... —murmuró, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Antes de que pudiera terminar su frase, sus sobrinos corrieron hacia ellos con risas y gritos de alegría, interrumpiendo el momento íntimo entre lady Georgiana y Lucían.

—¡Tía Georgiana, tía Georgiana! —exclamaron los niños, rodeándola con entusiasmo.

Gina se sintió agradecida por la distracción oportuna. Miró a Lucían y el brillo que vio en sus ojos verdes la dejó sin aliento.

—Lucían, creo que necesitamos hablar —murmuró con firmeza —. Pero ahora no es el momento ni el lugar adecuado.

—Entiendo… —asintió Lucían—. Pero primero debo hablar con tu hermano.

Con un gesto de despedida, Lucían montó en su caballo y se alejó lentamente por el sendero, dejando a lady Georgiana con el corazón rebozando de alegría mientras observaba a Lucían desaparecer en la distancia. ¿Había dicho que hablaría con su hermano primero? Buen Dios, no quería perder el único pretendiente que la había amado por lo que ella era.

CAPÍTULO 22

LUCÍAN se sintió nervioso mientras se dirigía a ver al Marqués Rulfcrow, el hermano de Lady Georgiana. Había decidido hablar con él sobre sus intenciones de pedirle matrimonio a su hermana, pero no estaba seguro de cómo sería recibido. Al llegar a la residencia del marqués, Lucían se detuvo frente a la puerta y respiró hondo antes de llamar. La puerta se abrió y un mayordomo lo recibió con una reverencia.

—¿Puedo ayudarlo, milord? —preguntó el mayordomo.

—He venido hablar con el Marqués Rulfcrow —respondió Lucían.

El mayordomo asintió y lo condujo al interior de la casa, luego lo dirigió al estudio donde el Marqués estaba sentado frente a su escritorio, revisando unos papeles. Al ver a Lucían entrar, el Marqués levantó la mirada y le dedicó una sonrisa cordial. Sintió un alivio al ver una sonrisa en el rostro de Malcolm después de la pelea que los dos habían tenido la última vez que se habían visto.

—Lord Sheffield, ¿a qué debo el honor de su visita? —preguntó el Marqués, invitándolo a tomar asiento.

—Tengo algo importante que discutir contigo, Malcolm —comenzó Lucían, nervioso pero decidido.

El Marqués arqueó una ceja con curiosidad y asintió para indicarle que continuara.

—Se trata de tu hermana, Lady Georgiana —empezó Lucían—. He venido a hablar sobre mis sentimientos hacia ella y mis intenciones de pedirle matrimonio.

El Marqués observó a Lucían con atención, sus ojos azules brillaban con una chispa de diversión.

—¿Acaso estoy viendo a uno de los canallas de Mayfair cayendo en las redes del matrimonio?

—Parece que eso es lo que hace el amor —se mofó Lucían—. Quien mejor que tú lo podría entender.

Hubo una época en la que el Marqué Rulfclow era conocido por ser un canalla de Mayfair, pero eso había sido antes de que conociera a su esposa, lady Emma. Ahora, era un hombre respetable y dedicado a su familia.

—¿Estarías dispuesto a abandonar tu vida de granuja? —insistió Malcolm.

—Nunca haría nada para lastimar a Gina.

—Debo ser franco contigo, Lucían —repuso el Marqués, colocando los papeles a un lado de él—. Ya estaba al tanto de tus sentimientos hacia mi hermana. No ha sido ninguna sorpresa.

Lucían sí sorprendió ante la confesión del Marqués, sin saber qué decir.

—¿Cómo... cómo es que ya lo sabías? —preguntó, perplejo.

El Marqués sonrió, se levantó del escritorio y lo rodeó para acercarse a Lucían.

—Mi esposa ha estado observándolos desde hace algún tiempo, y detectó que detrás de sus discusiones recurrentes había amor escondido —explicó el Marqués—. ¿Sabes? Ella es una mujer perspicaz y estaba segura de que ninguno de los dos se atrevería a dar el primer paso.

Lucían se quedó sin palabras ante la revelación, sintiéndose aliviado, pero también sorprendido.

—Entonces... ¿apruebas mis intenciones? —preguntó, ansioso.

El marqués asintió con una sonrisa.

—Quiero que sepas que siempre he querido lo mejor para mi hermana —explayó—. Y si eres capaz de hacerla feliz, entonces tienen

mi bendición.

El conde sintió un alivio en los hombros. Saber que contaba con la aprobación de su amigo significaba mucho para él.

—Gracias, Malcolm —repuso—. Prometo hacer todo lo posible para hacer feliz a Gina.

—También quiero agradecerte que hayas cuidado de Gina en Londres. El capitán Hawkins me contó que alejaste a mi hermana de las garras del vizconde de Rustey.

—El malnacido ya no será una molestia…

Malcolm se acercó a la licorera y sirvió brandy en dos copas.

—Lo sé, mi querido amigo —dijo con una media sonrisa.

Lucían salió del estudio del Marqués con el corazón lleno de esperanza. Había llegado el momento de buscar a Lady Georgiana y pedirle matrimonio de una vez por todas. Se apresuró hacia los establos y, al llegar, encontró a Lady Georgiana ocupada cepillando a uno de los caballos. Se detuvo unos momentos para observarla, maravillado por su belleza y la paz que le transmitía cuando la veía.

—Georgiana —llamó Lucían, su voz llena de emoción.

Gina se volvió hacia él, sorprendida. Sus ojos se encontraron, y en ese instante, Lucían supo que era el momento adecuado para expresar lo que sentía.

—¿Has hablado con Malcolm? —preguntó ella, curiosa.

Él asintió con la cabeza.

—Debo decirte algo importante, cariño —comenzó Lucían, con la mirada fija en la mujer que amaba—. Desde el momento en que te conocí, supe que eras especial. Tu belleza, tu inteligencia, tu bondad, tu testarudez ... todo en ti me ha cautivado.

Lady Georgiana lo miraba con cariño, sus ojos brillaban con emoción mientras escuchaba sus palabras.

—Lucían... —susurró.

El conde se arrodilló frente a ella, tomando su mano con ternura.

—Georgiana, te amo más de lo que puedo expresar con palabras —explayó Lucían, con voz apasionada—. Eres la mujer más maravillosa que he conocido, y no puedo imaginar mi vida sin ti. Por favor, hazme el hombre más feliz del mundo y acepta ser mi esposa.

Los ojos de Lady Georgiana se llenaron de lágrimas de emoción mientras miraba a Lucían arrodillado ante ella.

—Lucían, yo... —comenzó ella, pero las palabras se atascaron en su garganta.

Sin esperar más, Lucían se levantó y tomó su rostro entre sus manos, inclinándose para capturar sus labios en un beso apasionado. Lady Georgiana se estremeció ante el contacto, pero luego se fundió en el beso, entregándose completamente a la pasión del momento. El cosquilleo en sus labios se propagó de pronto como un fuego feroz por todo su cuerpo. El beso fue lleno de amor y promesas de un futuro juntos. Lucían se apartó unos centímetros y preguntó con el corazón en la mano:

—Georgiana, ¿aceptas ser mi esposa?

Lady Georgiana asintió con una sonrisa radiante.

—Sí, Lucían, acepto —respondió, con lágrimas de felicidad en sus ojos—. Acepto ser tu esposa, cariño.

Gina brincó sobre él, rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—Solo tengo una condición… —dijo ella, seguido de un beso fugaz en los labios.

—¿Ah, sí? —inquirió Lucían, con una ceja arqueada.

—Que nuestras discusiones deben seguir intactas.

—Seguirán intactas si prometes que las reconciliaciones serán mejores.

Sin decir una palabra más, Lucían la abrazó con fuerza, sintiendo cómo el amor los envolvía a ambos.

EPÍLOGO

EN EL TRANQUILO ambiente del Club El Purgatorio, Lucían se encontraba sentado en una de las elegantes butacas de cuero, observando el humo que se elevaba perezosamente desde su cigarro. El lugar estaba lleno de recuerdos de días pasados y cada vez que él ponía un pie allí, se sentía como en casa. Cam Marclow, el propietario del club y su buen amigo, se acercó con una sonrisa amistosa. Finalmente, él le había vuelto abrir las puertas de su Club.

—Lucían, siempre es un placer verte por aquí —saludó Cam, extendiendo la mano en un gesto de camaradería.

—Lo mismo digo, Cam —respondió Lucían, estrechando la mano de su amigo—. Siempre es un placer recordar viejos tiempos.

Cam asintió con una sonrisa, tomando asiento frente a Lucían.

—Entonces, ¿cómo va todo en tu nueva vida de casado? —preguntó.

Lucían sonrió ampliamente, el brillo de felicidad en sus ojos era innegable.

—Maravillosamente —contestó con sinceridad—. Georgiana y yo estamos muy felices juntos. Cada día es una nueva aventura, y no lo cambiaría nada por nada del mundo.

—Me alegro mucho por ti, Lucían —dijo Cam—. Siempre supe que encontrarías la felicidad que tanto mereces.

—Y tú, Cam, ¿cuándo te tocará a ti seguir mis pasos? —cuestionó Lucían, cambiando de tema.

Cam Marclow rio entre dientes, sacudiendo la cabeza con una expresión de complicidad. Él era uno de los solteros más codiciado, y sabía que solo renunciaría a esa vida despreocupada y colmadas de placeres por una dama especial que pudiera domar a un granuja como

él.

—Todavía no ha llegado mi momento, amigo —respondió Cam con una sonrisa enigmática—. Pero quién sabe qué depara el futuro.

Lucían asintió con una sonrisa. El futuro era incierto, pero mientras tanto, seguiría disfrutando de cada momento de felicidad que la vida le ofrecía. Con esa idea en mente, Lucían levantó su copa en un brindis silencioso, agradeciendo por la amistad, el amor y la felicidad que había encontrado en su vida. Y mientras el suave murmullo de conversaciones y risas llenaba el club, Lucían supo que, pasara lo que pasara, él siempre tendría un lugar al que llamar hogar, tanto en el Club El Purgatorio como en el corazón de su amada esposa, Lady Georgiana.